



**BAJO EL SIGNO DE LA  
VICTORIA.**

**LA CONSERVACIÓN  
DEL PATRIMONIO DURANTE  
EL PRIMER FRANQUISMO  
(1936-1958)**

---

**José Ignacio CASAR PINAZO  
Julián ESTEBAN CHAPAPRÍA  
(editores)**

Los textos que se recogen en esta publicación corresponden a la mayoría de las conferencias que fueron impartidas, en junio de 2006, con motivo del tercer encuentro que la Universidad Politécnica de Valencia, a través de su Master en Conservación del Patrimonio Arquitectónico, y la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, organizaron en el ámbito del área de conocimiento, que fue denominada Teoría e Historia de la restauración monumental en España. El primero de estos encuentros, celebrado en 1994, estuvo centrado en el estudio del período 1900-1936, y el segundo, celebrado en 1996, analizó y debatió el período 1844-1900.

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.), sin el permiso de los titulares de la propiedad intelectual.

Editores: José Ignacio Casar Pinazo  
Julián Esteban Chapapria

Edita: Pentagraf Editorial

Diseño gráfico: Rosendo Sorlí Fos

Imagen de portada: *Desfile de la victoria. Valencia, mayo 1939*  
José Lázaro Bayarri  
(Fondo gráfico. Biblioteca Valenciana)

Imagen de contraportada: *Portada Iglesia de San Andrés. Valencia*  
Dibujo del arquitecto Alejandro Ferrant. 1944  
(Archivo Alejandro Ferrant Vázquez. Biblioteca Valenciana)

© Pentagraf Editorial, 2008  
© Textos: los autores  
© Ilustraciones y fotografías: los propietarios y/o depositarios citados

ISBN: 978-84-935843-5-1  
Depósito legal: V-2596-2008

Impresión: Pentagraf Impresores, SL  
[www.pentagraf.es](http://www.pentagraf.es)

## Índice

---

Prólogo • <i>Alicia Alted Vigil</i>	1
Introducción • <i>Julián Esteban Chapapría y José Ignacio Casar Pinazo</i>	7
Cultura y sociedad en el primer franquismo • <i>Enric Ucelay-da Cal</i>	15
El primer franquismo. ¿La ruptura de un proceso en la intervención sobre el Patrimonio? • <i>Julián Esteban Chapapría</i>	21
Arquitectura, lugar de memoria y mito. El Alcázar de Toledo o la imagen prendida • <i>Vicente Sánchez-Biosca</i>	71
Consideración y fortuna del patrimonio tras la guerra civil: destrucción y reconstrucción del patrimonio histórico (1936-1956). La restauración monumental • <i>Javier Rivera Blanco</i>	85
Note sul restauro dei monumenti nel periodo fascista • <i>Amedeo Bellini</i>	111
Notas sobre la restauración de monumentos en el periodo fascista • <i>Amedeo Bellini (abstract por Valentina Cristina y Julián Esteban)</i>	135
Arquitectura y restauración en Andalucía: 1940-1960 • <i>Eduardo Mosquera Adell</i>	137
La restauración de monumentos en Aragón (1936-1958) • <i>Ascensión Hernández Martínez</i>	151
La restauración monumental en Cataluña durante la postguerra • <i>Raquel Lacuesta Contreras</i>	199
Alejandro Ferrant: arquitecto conservador de la IV zona (Baleares, Cataluña y Valencia) • <i>Luis Cortés Meseguer, M<sup>a</sup> Elisa Moliner Cantos y Esperanza Peiró Esteban</i>	217
La confianza de un método: las restauraciones arquitectónicas de Luis Menéndez-Pidal • <i>Miguel Martínez Monedero</i>	253
Valencia, ciudad y patrimonio: 1939-1957 • <i>José Ignacio Casar Pinazo</i>	283
Actuaciones de restauración en el Palau de la Generalitat. Valencia • <i>José Manuel Montesinos Pérez</i>	315

## La confianza de un método: las restauraciones arquitectónicas de Luis Menéndez-Pidal

---

Miguel MARTÍNEZ MONEDERO  
*Doctor Arquitecto.\**

\* Profesor Proyectos Arquitectónicos.  
ETS Arquitectura. Universidad de Gra-  
nada.

## Introducción

Luis Menéndez-Pidal fue uno de los protagonistas de la restauración arquitectónica del patrimonio español durante la etapa franquista.<sup>1</sup> Desde el comienzo de su actividad profesional, a principios de los años 20, hasta su fallecimiento en 1975 Menéndez-Pidal mantuvo bajo su tutela los principales monumentos de las provincias de Asturias, León, Zamora y de la región gallega. Más de 55 años de ejercicio profesional en los que restauró cerca de 200 edificios en sus distintos cargos dentro de la Administración pero fundamentalmente en su puesto de Arquitecto Conservador de Monumentos de la Primera Zona (1941-75). La Catedral de Oviedo y su Cámara Santa, las catedrales de Zamora, León, Santiago o Tuy, la práctica totalidad del prerrománico asturiano, las murallas de Lugo, León y Astorga, o el monasterio de Guadalupe (Cáceres) se cuentan entre sus actuaciones más conocidas. Sus intervenciones fueron tantas y tan profundas que podemos afirmar, sin miedo a equivocarnos, que el paisaje monumental que actualmente puede contemplarse en la zona noroeste de España es fruto de las interpretaciones personales que Menéndez-Pidal nos legó. El estudio de su obra y de su evolución intelectual es una herramienta inmejorable para acercarnos a la restauración monumental de este fundamental período.

Los numerosos cambios sociales, culturales y políticos que se produjeron durante la andadura profesional de Menéndez-Pidal (1920-1975) motivaron una profunda renovación teórica y metodológica en la restauración arquitectónica en España, y depuraron la revisión generalizada de los principios entonces vigentes. Una transformación que se vio condicionada en su mayor parte por las destrucciones sufridas durante la Guerra Civil (1936-39) y sus prolegómenos (Revolución de Asturias, 1934). Evolución y transformación de conceptos que se vería reflejada, a escala europea, a raíz de las destrucciones de la Segunda Guerra Mundial, y que desembocarían finalmente en la formulación de las modernas corrientes de restauración europeas reunidas alrededor de lo que comúnmente se ha conocido como la "restauración crítica".<sup>2</sup>

Un período de tiempo fundamental y determinante en la consecución de lo que entendemos como "corrientes actuales" sobre restauración arquitectónica, que coincidió con los años de ejercicio profesional de Menéndez-Pidal y cuya evolución se vería reflejada en su desarrollo metodológico y en sus argumentaciones teóricas. De su personal actitud ante los monumentos obtendremos un testimonio inmejorable para introducirnos en la restauración monumental de entonces y con ello poder desentrañar la evolución, teórica y metodológica, de este convulso, e interesantísimo, período histórico.

### Nota biográfica, Luis Menéndez-Pidal y Álvarez (1893-1975)

Luis Menéndez-Pidal nació en Pajares del Puerto (Lena, Asturias) en 1893. Realizó sus estudios en la Escuela de Arquitectura de Madrid, donde terminó en 1918 con el número dos de su promoción. Allí recibió sus primeras influencias en el campo de la restauración arquitectónica marcadas por las cátedras de proyectos que entonces dirigían Vicente Lampérez y Leopoldo Torres Balbás. Ambos arquitectos protagonizaban la revitalización del yermo debate teórico sobre restauración monumental en España defendiendo posturas encontradas pero muy enriquecedoras para la formación de nuestro personaje.

<sup>1</sup> Martínez Monedero, Miguel. "Las restauraciones arquitectónicas de Luis Menéndez-Pidal". Tesis doctoral inédita (en proceso de publicación por la Junta de Castilla y León). Dirigida por los Profesores Ignacio Represa Bermejo (España), y Johannes Cramer (Alemania). Departamento de Teoría de la Arquitectura y Proyectos arquitectónicos, Universidad de Valladolid, 2004.

<sup>2</sup> En ella se aglutinaron las conocidas aportaciones de Roberto Pane, Renato Bonelli y Cesare Brandi desde el *Istituto Centrale di Restauro* de Roma, que comúnmente se ha dado en llamar la "restauración crítica". Toda esta argumentación teórica fue recogida años después en un documento de importancia internacional cual fue la "Carta de Venecia" de 1964, de gran repercusión y que, podemos afirmar, sus contenidos siguen vigentes hoy en día.

Inicialmente dedicado a la arquitectura de nueva planta, gracias a su temprana vinculación con el equipo de arquitectos que se encargaba de diseñar las sucursales del Banco de España para las distintas capitales españolas, su primer aproximación a la restauración arquitectónica se produce en 1920 con un proyecto para la portada norte de Santa María la Real de Nieva. Este edificio despertó su interés por esta disciplina. Interés que se vería acrecentado en 1923 cuando recibió el encargo de restaurar el monasterio de Guadalupe, en la provincia de Cáceres, por el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, gracias al inestimable patrocinio de Vicente Lampérez.

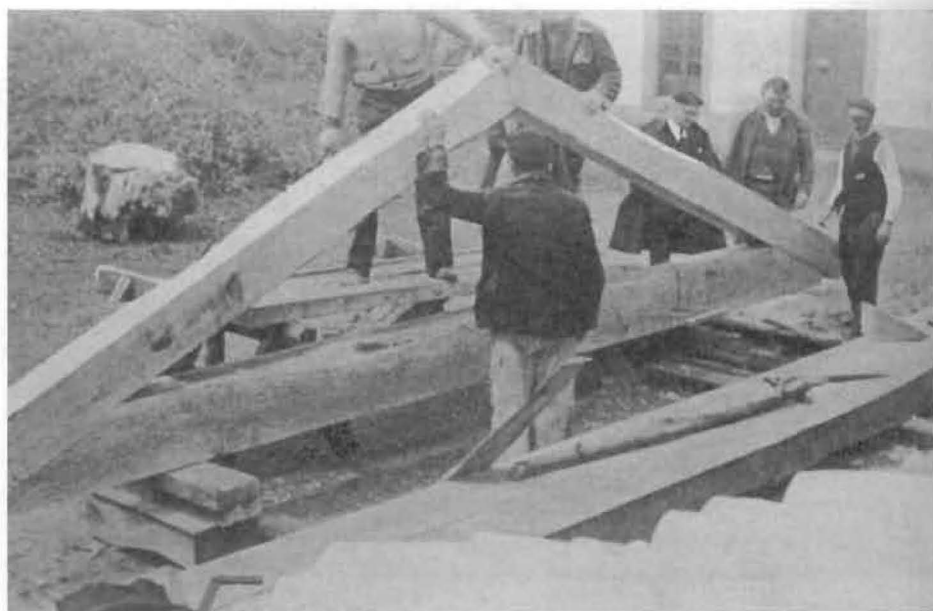
Aún antes del inicio de la etapa franquista obtuvo, ya en Asturias, otro proyecto que le afianzaría aún más sólidamente en su camino: la restauración del monumento prerrománico de Santa María del Naranco (Palacio de Ramiro I) en 1929, fruto de la positiva aceptación que ya por entonces recibía su trabajo. La mediación de Gómez Moreno fue clave en la consecución de este encargo así como la decidida influencia "histórica" y "arqueológica" que durante este proyecto asimiló.

Tras los acontecimientos revolucionarios de Asturias la llegada de la Guerra Civil le sorprendió en Madrid. Durante este periodo, Luis Menéndez-Pidal actuó militarizado como Agente del Servicio de Recuperación Artística en la recuperación del maltrecho patrimonio artístico. En diciembre de 1937, y bajo la indicación directa de Pedro Muguruza Otaño, fue designado por la Academia de Bellas Artes de San Fernando, sita entonces en San Sebastián, Representante de la Junta Informativa de la Reconstrucción, cuya labor desempeñaría en Oviedo hasta el final de la guerra.

Este nombramiento significó la tutela de los monumentos de la Zona Cantábrica, y en particular los de Asturias, durante el conflicto civil; vinculación que se prolongaría ya definitivamente, a partir del año 1939, hasta el final de sus días. Por estos años Luis Menéndez-Pidal se encargó de dirigir los trabajos de protección y reparación de muchos monumentos que recibían las atenciones primordiales para evitar su ruina y definitiva pérdida; entre ellos destacó por encima de todos la continuación de los trabajos de reconstrucción de la Cámara Santa, que había sido destruida en 1934 durante la Revolución de Asturias, y cuya reconstrucción había sido organizada inicialmente por Gómez Moreno y Alejandro Ferrant. Su nombramiento para este nuevo reto en 1938 significaría la imposición de sus personales planteamientos y métodos hasta su positiva conclusión en los años siguientes (1942).

El fin de la guerra supuso el comienzo de una frenética actividad de recuperación del patrimonio dañado, y Regiones Devastadas incluyó a Luis Menéndez-Pidal entre sus selectos arquitectos para la doble estrategia de reconstrucción y propaganda. Fijada su residencia en Madrid, fue nombrado Comisario de la Zona Cantábrica ese

Luis Menéndez-Pidal (el tercero por la derecha) durante los trabajos de restauración de San Salvador de Priesca, 1939. Revista Nacional de Arquitectura, nº 3, 1941.



mismo año de 1939, lo que significaba la continuación de las labores ya comenzadas durante el conflicto. Desde su nuevo cargo desempeñó una extensa y profusa labor de reconstrucción y reparación de los monumentos "adoptados" por el Servicio.

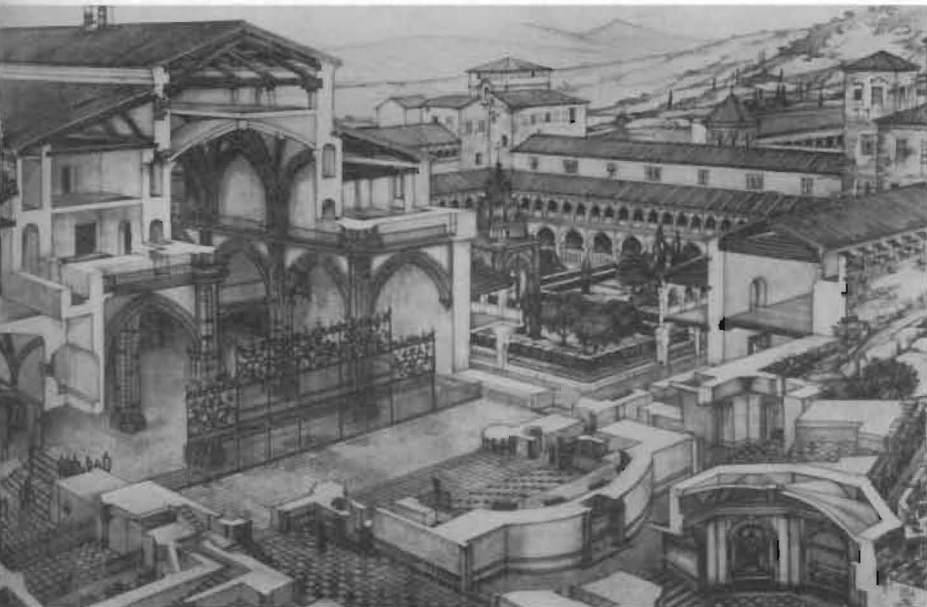
Entre los monumentos seleccionados por Regiones y puestos bajo la tutela de nuestro arquitecto se contaron: la catedral de Oviedo (donde se realizó la espectacular reconstrucción de la aguja), el Santuario de Covadonga (con la completa reconstrucción de la Cueva), la colegiata de Arbás (León), y un sinfín de pequeñas iglesias asturianas (Santa María de Villaviciosa, San Julián de Prados, San Salvador de Fuentes, San Salvador de Priesca, San Pedro de Nora, San Adriano de Tuñón, etc.) que recibieron una atención urgente y vital, gracias a la cual se conservó su construcción con las dificultades económicas propias de aquél periodo.

Tras la guerra, y gracias a los trabajos desarrollados durante estos años y al apoyo del nuevo gobierno, presentó algunas de sus obras en exposiciones nacionales y extranjeras. En ellas, la proyección personal iba entrelazada a la legitimación propagandística del nuevo régimen. En Italia, Francia, Inglaterra y Alemania conoció *in situ* las diversas corrientes de restauración europea. Sin embargo, fue de Italia y Francia donde Menéndez-Pidal extrajo sus influencias más evidentes en este campo. Allí conoció en profundidad el debate "científico" del momento y la influencia de la Carta de Atenas de 1931, a la vez que estudiaba las actuaciones y doctrinas de Viollet-Le-Duc, Camillo Boito y Gustavo Giovannoni.

Ya en España, en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1941, obtuvo un primer reconocimiento a su trabajo desde las nuevas instituciones políticas con la concesión de la Primera Medalla Nacional de Arquitectura. Esta premiaba su labor, durante entonces 17 años, sobre el monasterio de Guadalupe. Ese mismo año de 1941 fue nombrado Arquitecto Conservador de Monumentos del Servicio de Defensa del Patrimonio Artístico Nacional, siéndole asignada la Primera Zona (que aglutinaba las provincias de Asturias, León, Zamora, La Coruña, Lugo, Orense y Pontevedra), y cuyo puesto conservaría hasta el final de sus días. Desplazaba del cargo a su colega Alejandro Ferrant que menos favorecido por las instituciones veía truncada su proyección profesional en la Zona Cantábrica. Además, nuestro arquitecto continuaría siendo responsable de la restauración, ya empezada antes de la contienda, del monasterio de Guadalupe y en cuyo puesto realizaría una labor extensísima hasta el final de sus días.

En su nuevo cargo sus competencias abarcaban la totalidad de los monumentos declarados de la Primera Zona cuya conservación pasaba directamente por su personal y único criterio. Sus privilegios se concretaban en una autonomía absoluta para seleccionar qué monumentos habían de restaurarse y cómo, distribuyendo asimismo las

El monasterio de Guadalupe, axonometría seccionada. Luis Menéndez-Pidal, 1933. Archivo Español del Arte, n.º XLII, 1969



asignaciones económicas según su conveniencia. Su libertad de acción y planificación era total y conforme a ella, sus planteamientos y actuaciones efectivas sobre este patrimonio arquitectónico. Durante estos años Menéndez-Pidal mantuvo bajo sus manos los monumentos más señalados de esta amplia zona, entre los que destacaron: las catedrales de Oviedo, Zamora, León, Santiago, Mondoñedo y Tuy; los monasterios de Carracedo, Montederramo, San Martín de Castañeda, Ribas del Sil, Osera; las iglesias de Santiago de Peñalba, San Miguel de Escalada, Santa María del Campo; o las iglesias prerrománicas asturianas, por citar algunos ejemplos de los numerosísimos que restauró por estas fechas. Al mismo tiempo que realizaba esta ingente actividad profesional, su capacidad de trabajo le permitió publicar algunas experiencias personales e investigaciones en los monumentos que intervino, testimonio de ellas son las conocidas: "Destrucciones habidas durante..." (1941), "Notas sobre la reconstrucción de la Cámara Santa" (1941), o "Los monumentos de Asturias, su aprecio y restauración desde el pasado siglo" (1954). Su profusa actividad y su permanente vinculación a su Asturias natal le valió un primer reconocimiento al ser nombrado miembro del Instituto de Estudios Asturianos en 1951; con un discurso monográfico sobre la Cueva de Covadonga, resumía y divulgaba la restauración de este enclave, a la vez que reforzaba el doble entendimiento religioso y artístico que tuvo presente en su intervención, el mismo que caracterizaría buena parte de sus obras.

Su consagración definitiva dentro del panorama cultural nacional se produjo con su ingreso en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando en 1956 (con la medalla número diez, y bajo el patrocinio directo de Pedro Muguruza). Su celebrado y divulgado discurso: "El Arquitecto y su obra en el cuidado de los monumentos" significó el posicionamiento ideológico y metodológico de su actitud restauradora. De su lectura comprobamos su perfecto conocimiento del moderno debate europeo, y su clara intención por actualizar el anquilosado debate que entonces se producía en España.

La continuación de la tutela de los monumentos de la Primera Zona junto con la restauración del monasterio de Guadalupe ocupó su última etapa de actividad profesional. Desde su puesto de privilegio en el panorama nacional Menéndez-Pidal operaba cada vez con mayor libertad sobre los monumentos, en una evolución nítidamente intervencionista y asumiendo cada vez más riesgos conforme iba acercándose el final de su carrera. Los mismos que habían sido rechazados, por prudencia o dificultades económicas, en sus primeros años.

Así corrió su vida, dedicado en exclusiva al cuidado de sus monumentos, hasta que sufrió un grave accidente en 1973, en una de sus innumerables visitas de obra; esta vez era la iglesia de Santiago de Peñalba, en el valle del Silencio (León). Unos meses más tarde fallece, era viernes 28 de febrero de 1975. Fue enterrado en la colegiata de Arbás (León), bien cercano a su Pajares natal. En uno de sus más queridos monumentos, siguiendo así la costumbre medieval y acorde a su espíritu devoto. Allí reposa, en un monumental lucillo sepulcral que él mismo se encargó de acondicionar años antes.

Luis Menéndez-Pidal fue un hombre culto y gran conocedor de la Historia de la Arquitectura y del Arte. Ambas disciplinas le dieron la base necesaria para actuar con la suficiencia que demostró en su trabajo. Metódico y vehemente, su fuerte carácter le proporcionó una atención constante hacia "sus monumentos" y más de un opositor a su doctrina, que en no pocas ocasiones le causaron asperezas en la defensa de sus posiciones. Fue un arquitecto admirado en su época. Al margen de ideales o adhesiones políticas, siempre discutibles, sus decididos principios de intervención y la confianza en su "método" nos depararon una actitud que se nos presenta como un instrumento inmejorable para el estudio de una etapa de la restauración arquitectónica española fundamental, y en muchos casos rechazada por desconocida. Las restauraciones de Pidal, en este contexto, se nos presentan clarificadoras y aleccionadoras del periodo donde se sitúan. En definitiva, Menéndez-Pidal consagró su vida al cuidado de sus monumentos, con advocación y monástica dedicación, como él mismo dijo: "... ya que Dios no me dio hijos, me hizo dedicarme con absoluta abnegación a los monumentos, que son mis hijos" (1974).



## Formación intelectual y etapas metodológicas de Menéndez-Pidal

Las diferentes y numerosas influencias que acompañaron el desarrollo cultural y metodológico de Menéndez-Pidal, junto con las cambiantes circunstancias históricas por las que discurrió su vida profesional (1920-75), motivan que sus criterios de restauración no puedan ser clasificables en una tendencia concreta y estanca. La postura ideológica que se deduce de sus escritos y actuaciones es sumamente significativa, pues corresponde a un heredero del “racionalismo neomedievalista” de Viollet-le-Duc, a la que añadió una formación ecléctica y cargada de diferentes referencias presentes todas ellas en la restauración arquitectónica de principios del siglo xx; tal y como pudieron ser las interpretaciones “arqueológicas”, “científicas” o incluso “románticas”.<sup>3</sup>

Menéndez-Pidal no fue pródigo en formulaciones teóricas, a pesar de ser uno de los pocos arquitectos de este periodo que a su actividad profesional acompañó una reflexión crítica; sus principios metodológicos hemos de deducirlos de las numerosas experiencias operativas que realizó en los monumentos que intervino, a los que unimos algunos escritos como fueron: su discurso ingreso en la Real Academia de BB. AA. de San Fernando (1956); su monografía sobre “Los Monumentos de Asturias...” (1954), donde pretendió compilar los criterios que habían regido sus intervenciones sobre el patrimonio asturiano en la posguerra española; y “Santa María de Bendones...” (1972), un estudio monográfico que dedicó a esta polémica reconstrucción; además de numerosos artículos y ponencias desarrolladas en su larga trayectoria profesional.<sup>4</sup> De todos ellos únicamente su discurso “El arquitecto y su obra...” (1956) nos ofreció una manifestación escrita de sus principios teóricos que, cuajados de múltiples influencias europeas, fueron un valioso intento por renovar el debate sobre restauración monumental que se daba entonces en España.

### *La confianza de un método*

Al contrario de cómo se le ha clasificado con frecuencia, su entendimiento de la restauración no puede ser definido como puramente “estilístico”. Aunque, bien es cierto que muchas de sus intervenciones basculan hacia este posicionamiento. Al igual que la tesis defendida por esta corriente, Pidal abogaba por la recuperación vitalista del monumento, pero se separó de ella en la interpretación para alcanzar ésta al deslizar su postura hacia un proceso más histórico y arqueológico que interpretativo. Mucho menos, Menéndez-Pidal podría ser clasificado como un arquitecto heredero de la corriente “romántica”, a pesar de que la cualidad estética de la degradación en los monumentos y el sentimiento emocional de la ruina arqueológica fueron aspectos que estuvieron presentes de manera excepcional en algunas de sus obras. Pero el grueso de su actividad restauradora demostró una separación absoluta de las tesis fatalistas de Ruskin, acercándose hacia posturas más vitales y “restauradoras”. Y de igual modo, su actitud tampoco podría ser inscrita como “científica”, a pesar de que la síntesis boitiana, recibida en sus años formativos de la mano de Torres Balbás, se había configurado como el camino ponderado y coherente entre los extremos anteriores y su discurso fue bien aceptado en sus primeras obras. No obstante, su evolución posterior y, lo que fue más importante, el desarrollo de su método de trabajo, se apartaron con el tiempo de la mentalidad “moderna”. De este modo, influido por varias escuelas y procedimientos, Menéndez-Pidal desarrolló su personal entendimiento de la restauración, ecléctico y vitalista, siempre apoyado en un conocimiento profundo de la Historia de la Arquitectura, y a través del cual encontró su particular método de intervención.

Lo realmente destacable de la amplia herencia de Menéndez-Pidal sobre los monumentos españoles fue su particular metodología. Forjada en los primeros años, su método de intervención se consolidó como una permanente búsqueda de la “veracidad del edificio”, de su estado más “auténtico”. Esta estrategia de intervención se convertiría, con el paso de los años, en su más sólida apoyatura, por encima de cualquier vinculación ideológica.

<sup>3</sup> Para las diferentes corrientes sobre restauración arquitectónica consultar en González-Varas Ibáñez, Ignacio. “Conservación de bienes culturales, teoría historia y principios”, Cátedra, Madrid, 1999. Y para la actitud “estilística” en particular en: Gallego Fernández, Pedro Luis. “Viollet-le-Duc: la restauración arquitectónica y el racionalismo arqueológico fin de siglo”, en: “Restauración arquitectónica”, Universidad de Valladolid Secretariado de publicaciones, Valladolid, 1992, pp. 29-50; asimismo en: Arrechea Miguel, Julio. “De la composición a la arqueología”, en: “Restauración arquitectónica”, Universidad de Valladolid Secretariado de publicaciones, Valladolid, 1992, pp. 11-28; y en: “Arquitectura y Romanticismo. El pensamiento arquitectónico en la España del xix”. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Valladolid, Valladolid, 1989.

<sup>4</sup> Menéndez-Pidal y Álvarez, Luis. “El arquitecto y su obra en el cuidado de los monumentos”. Discurso de ingreso en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando el 27 de Mayo de 1956, y contestado por D. José Yáñez Larrosa. Madrid, 1956; “Los monumentos de Asturias su aprecio y restauración desde el pasado siglo”. Instituto de Estudios Asturianos, IDEA, Oviedo, 1954; o “La reconstrucción de Santa María de Bendones”. Instituto de Estudios Asturianos (IDEA), Oviedo, 1974.

El método desarrollado por Menéndez-Pidal en sus intervenciones se apoyaba en las observaciones e investigaciones históricas y arqueológicas sobre el edificio. Estas eran desarrolladas siempre a través de un proceso analítico-deductivo. Los datos extraídos de la investigación eran contrastados con los deducidos mediante las comparaciones con otros ejemplos similares (normalmente sometidos a determinadas, y comunes, leyes) en busca de una "etapa histórica", la más veraz y convincente a la que dirigir la restauración del edificio.<sup>5</sup> Era asimismo un método que se articulaba en diferentes escalones metodológicos con el objetivo de conseguir la recuperación más "auténtica" del monumento, a saber:

En primer lugar comenzaría con el estudio profundo del edificio en su desarrollo histórico y arqueológico, la investigación de los documentos escritos y las fuentes iconográficas que representarían las distintas etapas de la vida del monumento y hasta cualquier testimonio presente en la tradición.

En segundo lugar, se situaría la elaboración de una base cartográfica fiable y ajustada a sus dimensiones reales, no muy frecuentes por aquellos años, como mejor instrumento para una restauración científica en la que se haría presente ya la primera aportación proyectiva.

Y finalmente, el tercer paso lo configuraría el proyecto de intervención en donde se imponía la búsqueda arqueológica del estado más "auténtico" de la historia del edificio y cómo alcanzarlo a través de las liberaciones, aportaciones o recomposiciones pertinentes, siempre sujetas a una investigación filológica.

Es cierto que su particular método parte del mismo presupuesto positivista que el "método estilístico", pero se separa de él al aportar la veracidad de la investigación histórica y arqueológica sobre el monumento, en vez de la deducción idealista.<sup>6</sup> Sería solamente con hechos y con el análisis de los datos suministrados por el monumento desde donde sería posible deducir su proyecto de restauración, que sería único y determinado para cada edificio.

### **Etapas académicas y primeras actuaciones. La restauración en España antes de la Guerra Civil**

La formación académica de Menéndez-Pidal participó de las dos grandes corrientes sobre restauración arquitectónica presentes en España a principios de siglo: la escuela "conservadora" y la "restauradora". Ambas eran defendidas respectivamente por Leopoldo Torres Balbás y Vicente Lampérez y Romea desde la Escuela de Arquitectura de Madrid, donde nuestro arquitecto cursó sus estudios. El interesante debate que se producía a principios del siglo XX entre los partidarios del discurso "estilístico" (Lampérez) y los renovadores "científicos" (Balbás) sería el caldo de cultivo donde nuestro joven arquitecto daría sus primeros pasos.<sup>7</sup> La revitalización del debate español sobre restauración arquitectónica corría a cargo de ambos maestros mediante la defensa, desde sus respectivas cátedras de proyectos, de las siguientes posturas encontradas: Por un lado, la escuela "restauradora" de Lampérez se había configurado como heredera del "racionalismo neomedievalista" de Viollet-le-Duc, y gracias a sus aportaciones personales mantenía en España su vigencia bien entrado el siglo XX; y por otro lado, la escuela "conservadora" de Balbás se constituía como la interpretación española de la "moderna" escuela de restauración patrocinada en Italia por Camillo Boito y posteriormente por Gustavo Giovannoni.

Ambas influencias se denotan con meridiana claridad en su primer proyecto: la restauración del patio gótico y la portada norte de la iglesia de Santa María la Real de Nieva (Segovia, 1920), cuando contaba sólo con 27 años. Obra primeriza donde se manifiestan la contradicción y la duda, entre la interpretación "estilística" o la renovación "moderna", que le asaltaban a nuestro joven arquitecto deudor aún de sus recientes influencias académicas.

Su siguiente referencia vendría de la mano del historiador Manuel Gómez Moreno, quien propuso a un prometedor Menéndez-Pidal para la restauración de

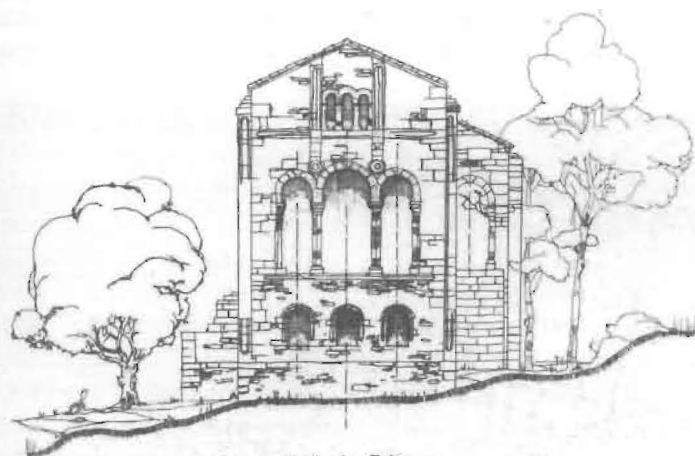
<sup>5</sup> En relación al "método arqueológico" consultar en: VV. AA. "El método arqueológico aplicado al proceso de estudio y de intervención en edificios históricos". *Arqueología de la Arquitectura*, Junta de Castilla y León, Burgos, 1996; y concretamente el artículo de Caballero Zoreda, L. "El análisis estratigráfico de construcciones históricas", pp. 55-74; Asimismo, del mismo autor en: "El método arqueológico para la comprensión del edificio. Dualidad sustrato-estructura". *Curso de mecánica y tecnología de los edificios antiguos*. COAM, 1987, pp. 13-58.

<sup>6</sup> Para el "método estilístico" consultar en: González-Varas Ibáñez, Ignacio. "Conservación de...", ídem, Madrid, 1999. Y para la actitud "estilística" en: Gallego Fernández, Pedro Luis. "Viollet-le-Duc...", íbidem, 1992, pp. 29-50; asimismo en: Arcechea Miguel, Julio. "De la composición...". 1992, pp. 11-28; y en: "Arquitectura y Romanticismo. El pensamiento arquitectónico en la España del XIX". Servicio de Publicaciones de la Universidad de Valladolid, Valladolid, 1989.

<sup>7</sup> La "restauración en estilo" había sido asimilada gracias a la figura de Vicente Lampérez y Romea (1861-1923). Admitida como doctrina oficial durante el siglo XIX, hasta sus últimos años no se experimentó una tímida oposición proveniente del contexto italiano, fundamentalmente de las aportaciones boitianas. Las posiciones antagónicas provinieron de Leopoldo Torres Balbás (1888-1960), quien protagonizó la crítica a la actitud "estilística" desde la asimilación de los principios del "método científico".



Santa María del Naranco durante el proceso de liberaciones (arriba) y proyecto de restauración de la fachada oriental. Luis Menéndez-Pidal, 1949. Archivo General de la Administración, Alcalá de Henares (Madrid). Expedientes de obra.



Fachada Este

OVIEDO  
Santa M<sup>a</sup> de Naranco

Escala 2 cm. p. metro



Santa María del Naranco o palacio de Ramiro I, en Oviedo (1929-1936). Un monumento sobre el que se albergaban “las más sólidas esperanzas”. Este importante personaje de la cultura española ejerció como tutor suyo a lo largo de esta obra, pero lo más trascendente de su colaboración fue la influencia que causó en Menéndez-Pidal el método de restauración que entonces patrocinaba.

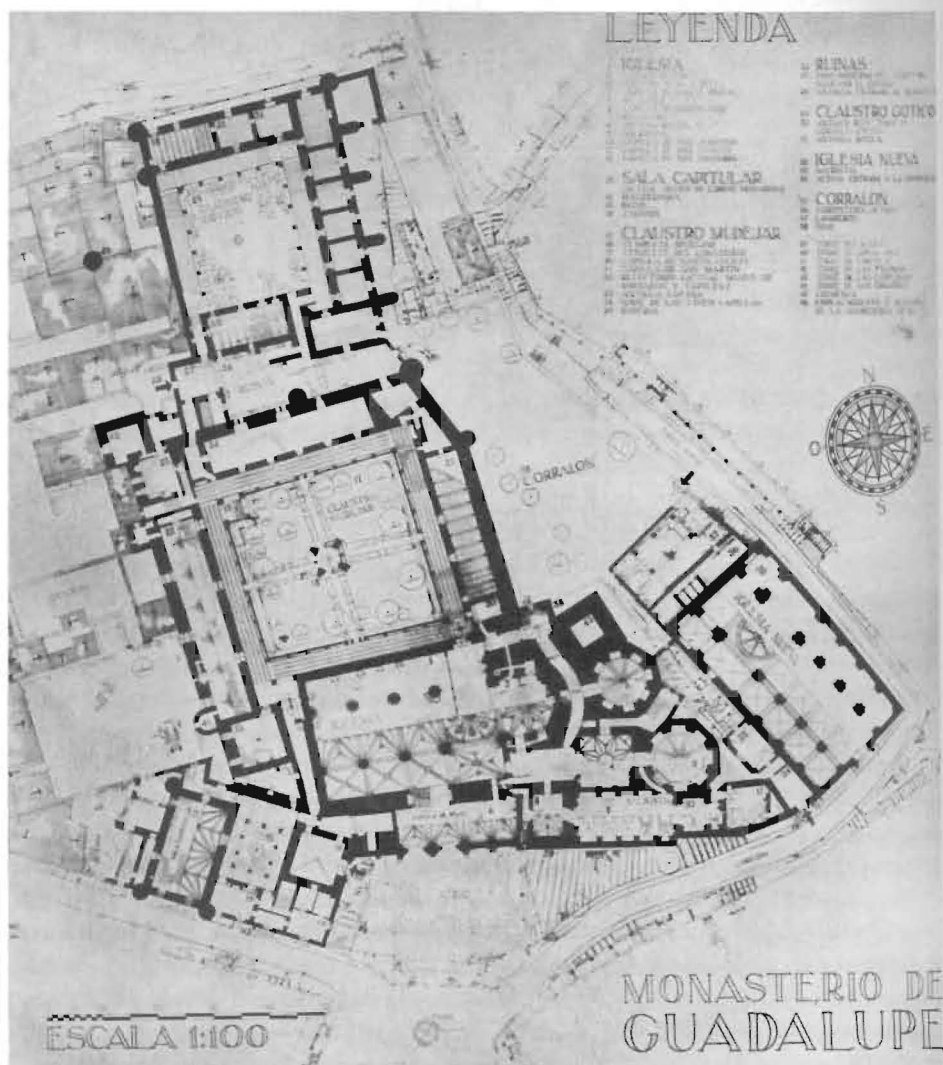
Gómez Moreno, junto con Menéndez-Pidal, defendieron para Santa María del Naranco la recuperación de su “estado original”, tal y como imponía la tradición “restauradora” de aquellos años. Sin embargo, la novedad estribaba en que este supuesto “estado original” sería desentrañado mediante una metodología que se apoyara en la investigación científica: arqueológica e histórica. Arqueológica, porque ambos técnicos realizarían investigaciones arqueológicas sobre las fábricas del edificio en busca de la etapa histórica prístina del monumento, la cual estaba oculta por múltiples añadidos de diversas épocas que había tenido el edificio. E histórica, porque se acudió a todo tipo de documentación histórica científicamente contrastada que ayudara a desentrañar ese perseguido “estado original” del edificio, como fueron las didácticas litografías de Parcerisa de 1856, y la búsqueda de referencias bibliográficas u otras fuentes documentales.

Por tanto, este doble entendimiento en la restauración de un monumento (la lectura arqueológica del edificio y la búsqueda de su estado prístino a través del estudio de los restos conservados y la documentación histórica) fue, a la sazón, aprendido por nuestro arquitecto y se convertiría, a partir de entonces, en una constante en su desarrollo metodológico.

La responsabilidad del primer proyecto de Menéndez-Pidal en Asturias le había situado en una delicada posición de compromiso entre sus propuestas renovadoras, más “modernas”, y la necesidad de obtención de unos resultados formales satisfactorios. Bien es cierto que la restauración de Santa María del Naranco adolece en muchos aspectos del rigor “científico” demostrado en su primer proyecto (Nieva). En él rechazó de plano la idea boitiana de diferenciar las fábricas añadidas de las originales, en beneficio del resultado formal del conjunto. La preferencia por el entendimiento plástico de la obra se impuso, por vez primera, al respeto de su verdad material y a sus modificaciones históricas. Con el paso de los años, salvo escasas excepciones, esto se convertiría en un aspecto invariable de su método.

Otro proyecto de juventud fue la primera fase de restauraciones que acometió, aún antes de Guerra Civil, en el monasterio de Guadalupe (Cáceres). Este importante y conflictivo monumento le fue asignado por la mediación directa de Vicente Lampérez, quién reservó a su antiguo pupilo un verdadero desafío. Su vinculación con el monasterio, que entonces empezaba, se alargaría durante toda su vida profesional (1923-75). La importancia de este monumento, en su evolución intelectual y metodológica, sería determinante para nuestro arquitecto. De su complicada tutela Menéndez-Pidal obtu-

El monasterio de Guadalupe, planta general Luis Menéndez-Pidal, 1934. Archivo General de la Administración, Alcalá de Henares (Madrid). Expedientes de obra.



vo las mejores enseñanzas que posteriormente aplicaría en las numerosas ocasiones que se le presentaron, ya fuese en un primer momento, en la restitución de los daños de la Guerra Civil en la cornisa Cantábrica, o posteriormente, con su responsabilidad sobre la Primera Zona. La dilatada intervención que Menéndez-Pidal realizó en Guadalupe, al abarcar la práctica totalidad de su trayectoria profesional, se constituye como el mejor exponente para comprender cuales fueron los planteamientos y evolución de su particular metodología de la restauración arquitectónica.

Desde los primeros años de atención a Guadalupe, donde su profundo respeto al monumento y las referencias "modernas" de su etapa académica fueron lo más destacado, hasta sus últimos expedientes, en los que la confianza por su rotundo asentamiento en el panorama cultural español le llevaron a aceptar riesgos excesivos y una actitud netamente "intervencionista". Este dilatado proyecto nos ofrece una trayectoria que, al igual que sucedió en el resto de su obra, perseguirá la "idea de edificio" como último objetivo. Idea que, con el pasar de los años, iría materializando gracias a las compartimentadas, pero sucesivas, dotaciones presupuestarias. "Idea del edificio" entendida como último objetivo, o fin deseable, que consistió, lo veremos a continuación, en recuperar la "autenticidad" de la obra, aunque esta hubiera de pasar por la recomposición o la restitución de partes perdidas, unas veces "arqueológica", pero tantas otras "estilística". La continuada atención a este edificio, y por ende al resto de su obra, le llevarían a una permanente búsqueda de lo "original", y le daría pie, en última instancia, a plantearse desde criterios revisionistas la integridad arquitectónica de cada ejemplo.

Sería como consecuencia de su viaje de estudios a Italia, a principios de la década de los 30, cuando obtengamos una nueva influencia en su formación que añadir a las anteriores. En Italia conoció las numerosas alternativas viables que se planteaban al "método estilístico", entre las que se hallaban las ejemplares restauraciones arqueológicas que, realizadas por Giuseppe Valadier, habían anticipado el discurso "moderno" ya enunciado por Camillo Boito. Allí descubrió, asimismo, la obra de Antonio Muñoz que había desarrollado por los años 20 un método arqueológico e intervencionista similar al que con los años adoptaría nuestro arquitecto. Igualmente heredero del "método histórico" de Luca Beltrami, Muñoz acuñó con sus intervenciones un perfil arqueológico que fue común a Pidal. La recomposición de los edificios a través de inducciones o confrontaciones estilísticas que buscaran el "modelo ideal" a partir de elementos científicamente ciertos, resultado de una investigación histórica y arqueológica, fue un argumento común entre ambos; los ejemplos de *Santa Sabina* (1914-19), *San Giorgio al Velabro* (1923-26), o *Santa Balbina* (1927-29), fueron conocidos por Menéndez-Pidal e incorporados sólidamente a su bagaje cultural. Además, la intervención de Muñoz sobre la basílica de *Santa Sabina* se había configurado como una clara influencia de la que Fortunato Selgas y Vicente Lampérez realizaran para San Julián de Prados (Oviedo, 1912-15) que, calificada de "modélica" por la crítica de su tiempo, fue bien valorada por nuestro arquitecto e incorporada como una referencia más que añadir a su formación.

### **Las destrucciones de la Revolución de Asturias y de la Guerra Civil: las intervenciones para Regiones Devastadas**

Al periodo ecléctico y formativo de sus primeros años de ejercicio habrían de seguirle profundos cambios y penosos acontecimientos en el panorama nacional de la restauración arquitectónica. Los sucesos revolucionarios de Asturias (1934) y la Guerra Civil (1936-39) provocarían la destrucción de buena parte del patrimonio arquitectónico en España. La nueva situación administrativa y política que nació tras la contienda patrocinó, en líneas generales, el rechazo ideológico de los interesantes conceptos de restauración arquitectónica asimilados durante la Segunda República, retomando, en su afán reformador, metodologías cercanas a períodos anteriores.

La urgencia por afrontar la copiosa reconstrucción de posguerra demandó la renovación de los rigurosos principios "modernos" entonces vigentes.<sup>8</sup> En este contex-

<sup>8</sup> Al igual que en Europa posteriormente después de la Segunda Guerra Mundial, donde proliferan las "reconstrucciones" y la recuperación simbólica del patrimonio perdido.

Iglesia de San Pedro de Nora tras el incendio de sus cubiertas, 1936 (abajo); e Iglesia de San Salvador de Fuentes tras su incendio, 1936 (arriba). Revista Nacional de Arquitectura, nº 3, 1941.



<sup>9</sup> La "España franquista" comenzó desde Burgos a organizar la reconstrucción del territorio con un marcado carácter propagandístico, buscando una rentabilidad política que se desprende de la elección y el carácter de sus actuaciones, además de la propia legislación articulada. El Decreto de 23 de septiembre de 1939 regulando la adopción por el "Jefe del Estado" de localidades dañadas por la guerra, determina en su Art. 4º: "Cuando el Estado lo considere oportuno, podrá disponer que se conserven como huellas gloriosas la totalidad o parte de las ruinas de algún pueblo, para enseñanza de las generaciones venideras y recuerdo de la heroica Cruzada". AA.VV. "Organismo del Nuevo Estado". Reconstrucción. Nº1. Madrid. 1940, p.7.

to, Menéndez-Pidal, al igual que el resto de profesionales que hubieron de abordar las reconstrucciones de posguerra, comprobó como los principios del "método científico", recogido en la Conferencia de Atenas de 1931, se mostraban inaplicables en la multitud de casos que se presentaban. La destrucción sistemática del patrimonio monumental como consecuencia de la Revolución de Asturias y de la Guerra Civil, sería, al igual que en Europa con la Segunda Guerra Mundial, determinante para la transformación de los conceptos generales de restauración durante el siglo xx.

Para comenzar esta tarea de reconstrucción no se contó con las principales figuras del periodo anterior, ni con sus seguidores ideológicos, sino que se facilitó el acceso a los arquitectos que, aún siendo jóvenes, participaban de los ideales del "nuevo régimen", como fue el caso de Menéndez Pidal entre otros.<sup>9</sup> Paradójicamente dos de los

maestros de su anterior etapa formativa verán inflexionados sus caminos en el nuevo panorama político, Vicente Lampérez fue de nuevo retomado y actualizada su doctrina, y Torres Balbás sería destituido de su puesto de Arquitecto Conservador de los Monumentos Nacionales<sup>10</sup>.

En líneas generales, la tarea modernizadora del periodo republicano fue drásticamente interrumpida por la llegada de la Guerra Civil y el régimen franquista. En los tres años de guerra la administración de ambos bandos intentó articular distintas estrategias encaminadas a la protección más precaria del patrimonio monumental. Sin embargo, ambos descubrieron el valor propagandístico que su tutela podría significar para una población de cultura precaria y atenazada por la guerra. Todo ello contribuyó a que, durante los años de conflicto, fuera muy patente y bien publicitada la labor de salvaguarda del patrimonio en su conjunto. A ello se unía el interés que las grandes potencias mundiales mostraban por la "guerra de España", en la que veían un terreno idóneo donde investigar nuevas iniciativas en materia de tutela del patrimonio. En definitiva, las noticias referentes a su conservación tuvieron una capital importancia en la propaganda de ambos bandos. El patrimonio histórico sería utilizado y convenientemente manipulado en beneficio propio, como instrumento de propaganda política.

No obstante, esto no fue suficiente para evitar cuantiosas pérdidas irreparables como fue la quema sistemática de conventos e iglesias, o el bombardeo de centros históricos. El ataque al patrimonio no era un aspecto relevante para una población que, con una deficiente formación cultural, veía en él la representación arquitectónica de los distintos poderes.<sup>11</sup>

#### *Actitud de Menéndez-Pidal ante las destrucciones*

Fue precisamente durante la Guerra Civil y sus consecuencias cuando se desarrolló la siguiente etapa en la evolución intelectual y metodológica de Menéndez-Pidal. Su decidida toma de postura por el bando nacional le permitió actuar militarizado en la conservación del patrimonio arquitectónico; pero sería su nombramiento como Representante de la Junta Informativa de la Reconstrucción, a la caída del frente norte (octubre, 1937) y de la mano de Pedro Muguruza, cuando se produjo su vinculación definitiva con los monumentos de la Zona Cantábrica que marcaría de aquí en adelante su desarrollo posterior.<sup>12</sup>

Los años de guerra fueron un periodo convulso, complejo y determinante en la evolución metodológica de Menéndez-Pidal. Fue además una etapa de profuso aprendizaje. La cantidad y extensión de los monumentos puestos bajo su tutela constituyeron un ensayo inmejorable para los arduos años de posguerra posteriores.

En efecto, fueron muy numerosas las intervenciones realizadas para el Servicio Nacional en tiempos de guerra y en la inmediata posguerra. Multitud de pequeñas iglesias asturianas fueron seleccionadas entre 1938-41 y encomendadas a Menéndez-Pidal, quién realizó proyectos de urgencia y acometió los trabajos prioritarios para asegurar la integridad constructiva y estructural de sus arquitecturas. Así sucedió con las iglesias de San Julián de Prados, San Salvador de Fuentes, San Salvador de Priesca, San Andrés de Bedriñana, San Juan de Amandi, o San Pedro de Nora, entre otras.<sup>13</sup> Drásticamente marcadas por los daños sufridos, la reconstrucción motivaba que los "modernos" postulados de su etapa inicial se vieran relegados en favor de posturas más intervencionistas y vitales para conseguir la positiva recuperación de cada monumento.<sup>14</sup>

Menéndez-Pidal, desde su nueva posición al servicio del nascente régimen, vio reforzada su trayectoria con un considerable aluvión de encargos y nuevos retos profesionales. No obstante, su adhesión ideológica le llevó a experimentar un claro retroceso en sus planteamientos, si por tal entendemos su empeño en recuperar, con todo vigor, conceptos ya obsoletos de "integridad estructural" y "unidad de estilo" en su ardua tarea de recuperación del patrimonio dañado. La "reconstrucción" era entonces planteada por las nuevas instituciones como un objetivo incontestable que incluía, en muchos casos, la revisión "estilística" de cada ejemplo. Por otra parte, y al igual que

<sup>10</sup> El ostracismo a que fue sometido Torres Balbás y su ideología, verdadera lástima para nuestro patrimonio nacional, junto con la consigna de alejarse de cualquier influencia exterior, fuese teórica o metodológica, significó para nuestro arquitecto el apartarse de los principios "modernos" que habían asimilado en años anteriores.

<sup>11</sup> Según un informe de la Dirección General de Regiones Devastadas y Reparaciones en 1943, durante la guerra fueron totalmente destruidas 150 iglesias, 4850 dañadas y 1850 inutilizadas. En: Menéndez Pidal y Álvarez, Luis. "Asturias: Destrucciones habidas en sus monumentos durante el dominio marxista. Trabajos de protección y restauración efectuados o en proyecto". Revista Nacional de Arquitectura nº3, Madrid, 1941.

<sup>12</sup> Menéndez-Pidal, por encima de cualquier entendimiento personal, actuó al servicio de una causa que entendía la "reconstrucción" como fin último, y sobrepusiera una efectiva recuperación, íntegra y satisfactoria, sobre el caos creado por los episodios bélicos. Alfonso Muñoz Cosme, "La conservación del Patrimonio arquitectónico español", Ministerio de Cultura, Madrid, 1989; así como en: Ignacio González-Varas. "Conservación de bienes...". *Ibidem*. 1999. cap. 8, pp.306-312.

<sup>13</sup> La relación de iglesias atendidas por el Servicio de Defensa del Patrimonio Artístico Nacional, entre 1938-45, a cargo de Menéndez-Pidal fue: Iglesia de San Juan de Amandi, 1938-40; Iglesia de San Salvador de Fuentes, 1938-40; Iglesia de Santa María de Villaviciosa, 1939-41; Iglesia de San Pedro de Arrojo de Quirós, 1940; Capilla de nuestra Señora de Guadalupe en Coya, 1938-40; San Esteban de Sograndio, 1938-1940; Iglesia de Santa María de Sariego-Narzana, 1939-40; Iglesia de San Jorge de Manzaneda de Luanco, 1939-40; Iglesia de Lúgás de Villaviciosa, 1938-40; Iglesia de Aramil de Siero, 1938-40; Iglesia de San Andrés de Bedriñana, 1938-40; Iglesia de Santiago de Sariego-Narzana, 1939; Iglesia Santa María de Piedeloro de Candás, s.l.; Iglesia de Santa Eulalia de la Lloraza, 1938-1941; Iglesia de Nuestra Señora de la O de Limanes, 1939; Monasterio de San Salvador de Cornellana, 1939-41; Ermita de San Román de Villanueva de Santo Adriano, 1939-41; Cueva de Peña en Cándamo, 1939; Iglesias del Monasterio de Obona, San Antolín de Bedón y Santa Eulalia de Manzaneda, 1938-40.

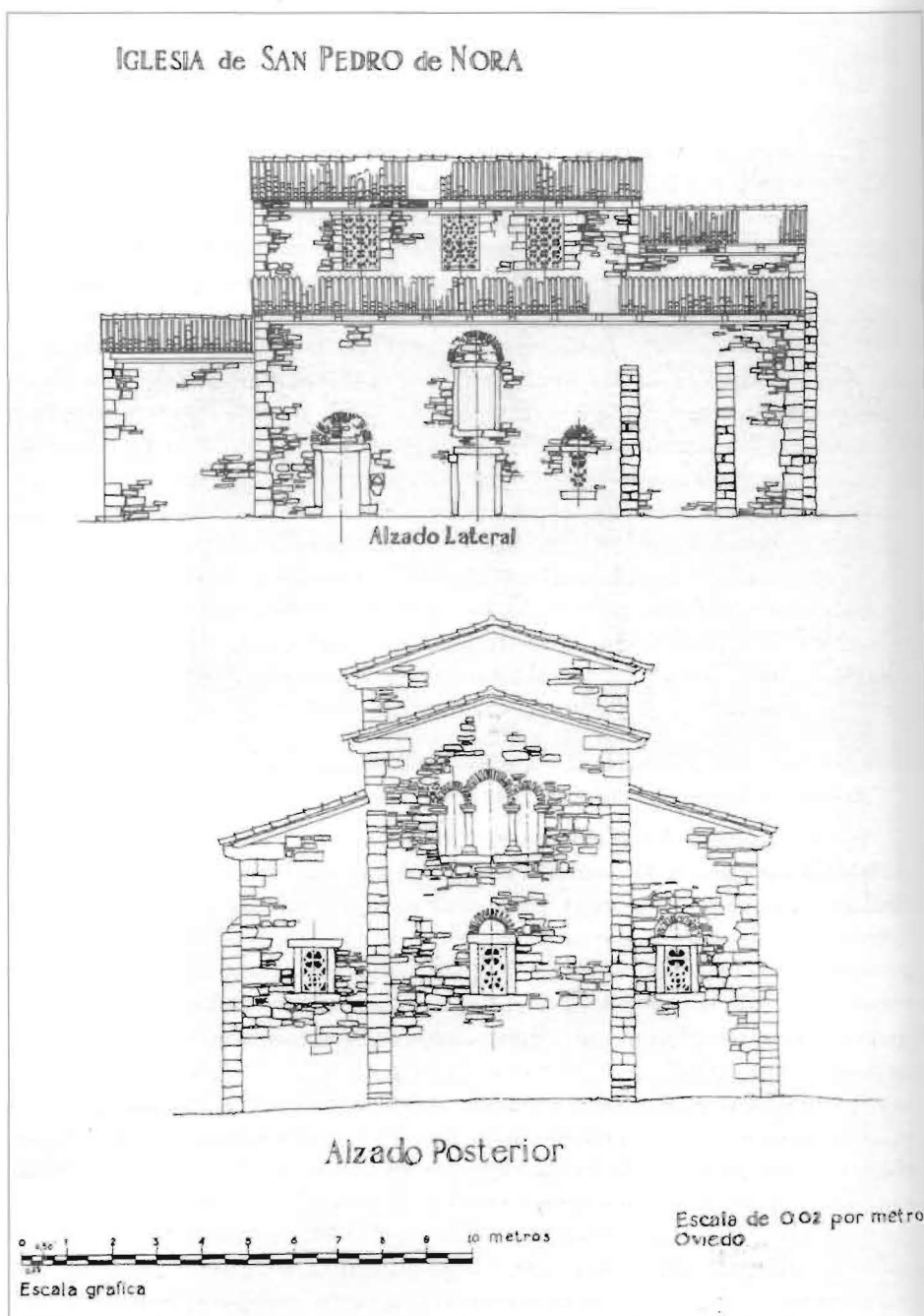
<sup>14</sup> Según un informe elaborado por la Dirección General de Regiones Devastadas en 1943, se habían arrasado 150 iglesias, demolidos 1850 edificios y se causaron daños serios en 4850 templos. AA.VV. "La reconstrucción de España", Reconstrucción, nº 35, Madrid, 1945, pp.2-6. Regiones mantuvo una política de "adopción" de los pueblos liberados, especialmente de aquellos que habían demostrado algún tipo de heroísmo.

Iglesia de San Pedro de Nora,  
proyecto de restauración Luis  
Menéndez-Pidal, 1939. Archivo  
General de la Administración,  
Alcalá de Henares (Madrid).  
Expedientes de obra.

<sup>15</sup> Menéndez-Pidal y Álvarez, Luis. "La cámara Santa de Oviedo. Su destrucción y reconstrucción". BIDEA, nº 39, 1960, p. 12. Y también en: "Los monumentos de Asturias su aprecio y restauración desde el pasado siglo". RIDEA, 1954, p. 42.

<sup>16</sup> La operación iba más allá del plano arquitectónico para integrarse en una órbita ideológica. La buscada reconstrucción superpondría un nuevo orden allí donde la barbarie de las "hordas marxistas" habían impuesto la destrucción, a "destrucción sistemática", se oponía la "reconstrucción sistemática". Menéndez-Pidal, Luis. "Asturias. Destrucciones habidas en sus monumentos durante el dominio marxista. Trabajos de protección y restauración efectuados o en proyecto", Revista Nacional de Arquitectura Nº 3, Ministerio de la Gobernación, Madrid, 1941-42, pp. 1-42. En García Cuetos, M<sup>a</sup> Pilar, "Historia y restauración..." Idem, 1999, p. 151. Prueba de su señalada importancia lo muestra que el segundo número de la revista propagandística de Regiones Devastadas, "Reconstrucción", le dedicara la portada de su segundo número, señalando su "heroicidad" en el "glorioso sitio". AA.VV. "Reconstrucción", Nº2, Dirección General de Regiones Devastadas y Reparaciones, Madrid, 1939.

<sup>17</sup> García Cuetos, M<sup>a</sup> Pilar, "Historia y restauración, el prerrománico asturiano", Sueve, Oviedo, 1999, p. 162. Además sobre este tema puede consultarse, de esta misma autora: "La restauración del Prerrománico Asturiano. Luis Menéndez-Pidal". En: "La intervención en la arquitectura prerrománica asturiana". Hevia Blanco, Jorge (editor), Universidad de Oviedo, Servicio de publicaciones, Gijón, 1997, pp. 119-135; y Esteban Chaparría, Julián. "Alejandro Ferrant Vázquez y Luis Menéndez-Pidal Álvarez, secuencia de unas intervenciones contrapuestas en las catedrales de Santiago de Compostela y Oviedo". En: Ramallo Asensio, Germán (edit.). "El comportamiento de las catedrales españolas. Del barroco a los historicismos". Universidad de Murcia, Consejería de Educación y Cultura de Murcia y Fundación Caja Murcia, Murcia, 2003, pp. 131-148.



sucediera en el resto de ciudades afectadas por la Segunda Guerra Mundial, la destrucción era aprovechada por Menéndez-Pidal para corregir, y "mejorar", posibles defectos de cada edificio. Con un razonamiento positivista y reformador pretendía devolver el mejor estado al edificio restaurado. Así, sus intervenciones, salvo excepciones, quedaron al margen de la denuncia del hecho histórico de la destrucción, superponiendo el "valor artístico" y la monumentalidad del edificio como aspecto predominante, olvidando la denuncia responsable y "científica".

Por otro lado, el aprendizaje de las técnicas constructivas tradicionales desarrolladas en la reconstrucción de estos ejemplos, durante los penosos años de la Guerra Civil y sus inmediatas consecuencias, se convertiría en uno de sus más sólidos valores. La fidelidad arqueológica de sus procedimientos constructivos, limitada por las dificultades económicas y por la ausencia de tecnología, otorgaba a sus intervenciones la fiabilidad de la continuidad constructiva y estructural del edificio, lo cual fue un positivo argumento presente en todas las obras de esta etapa.





*Las intervenciones para Regiones Devastadas*

El compromiso de Menéndez-Pidal con el naciente régimen fue reconocido por Regiones Devastadas y los encargos más señalados de la cornisa Cantábrica le fueron asignados en los siguientes años, aún antes del fin de la guerra. El primer proyecto para la nueva Administración abordó la reconstrucción de la Cámara Santa de la catedral de Oviedo (1938-42) lo que da a entender la importancia que adquiriría la capital asturiana (debido, en buena medida, a la “Resistencia” que demostró durante su sitio).<sup>15</sup> De todos los monumentos intervenidos sería la reconstrucción de la Cámara Santa la que mejor refleja la actitud que adoptó Menéndez-Pidal por aquellos años; su “reconstrucción idéntica” al estado anterior a la guerra fue impuesta desde las propias instituciones como instrumento para borrar la destrucción pasada y el establecimiento del “Nuevo Orden”.<sup>16</sup> El “valor artístico” quedaba por encima de cualquier otro entendimiento “científico” y la conservación del hecho histórico de la destrucción era un argumento insignificante y prescindible.<sup>17</sup>

La reconstrucción de la Cámara Santa llevaba intrínseca una doble estrategia política y propagandística a la cual Menéndez-Pidal no fue ajeno.<sup>18</sup> En su propósito, se vio forzado a no considerar la propuesta de reconstrucción más “científica” de su compañero Alejandro Ferrant, para enfrentarse al problema desde un punto de vista “arqueológico” y recuperar el edificio con la mayor fidelidad tanto a su imagen formal como a su materialidad construida. Una reconstrucción que fue realizada finalmente, al margen de todo principio normativo moderno, con la mixtura perfecta de materiales antiguos y añadidos, en donde la coexistencia de las partes nuevas con las conservadas se presentaba en perfecta comunión y sus límites no fueron en ningún momento manifestados.

La nueva Cámara Santa, resultado de su reconstrucción, fue una copia fiel del edificio anterior, y a pesar de que Menéndez-Pidal afirmó que su trabajo se había desa-

La Cámara Santa de la catedral de Oviedo, estado tras la voladura de 1934. Foto Alejandro Ferrant; y la Cámara Santa de la catedral de Oviedo después de la reconstrucción, 1945, Foto Luis Menéndez-Pidal. Reconstrucción, nº 2, DGRD, 1945.

<sup>18</sup> “al llegar a territorio nacional me encomendó don Eugenio D’Ors, entonces Director General de Bellas Artes, me hiciera cargo de las ruinas de nuestros monumentos, señalando con especial veneración a los restos de la Cámara Santa. Entonces el ilustre arquitecto y nuestro llorado amigo don Pedro Muguruza, me preguntó sobre las obras que convendría hacer cuanto antes por interés hacia nuestros Monumentos, y también para ello sirviera de propaganda en el extranjero a favor de la causa nacional, respondiéndole sin vacilación que la obra primera a realizar en Asturias debiera ser la reconstrucción de la Cámara Santa, como así se hizo después, siguiéndole otras en la catedral y su torre, obras que todavía hoy continúan por el gran interés que en ellas ha puesto desde un principio nuestro invicto Caudillo”. Menéndez-Pidal y Álvarez, Luis. “La cámara Santa de Oviedo. Su destrucción y reconstrucción”. BIDEA, nº 39, 1960, p. 12. Y también en: “Los monumentos de Asturias su ...”. *Ibidem*, 1954, p. 42.

rollado como una "... alta y pura anastylosis"<sup>19</sup> lo cierto es que sólo escasos fragmentos de su base y algunas arcadas fueron reconstruidos en base a este procedimiento, el resto consistió en una sólida reconstrucción. Digna y rigurosa, bien es cierto, incluso "arqueológica", pero en absoluto idéntica a su estado anterior a la guerra. Los presupuestos "científicos" de los que partía Menéndez-Pidal quedaron definitivamente relegados para dar paso a un único criterio que pasara por la recuperación íntegra y satisfactoria como objetivo incontestable.

Además, Pidal aprovechó la coyuntura para introducir ligeras "mejoras" que matizan el entendimiento espacial del recinto y favorecen su vinculación con la catedral donde se inscribe. Tal y como fueron la recuperación del antiguo nivel del cementerio de Peregrinos, o la reapertura de la antigua comunicación lateral de la cripta con este mismo espacio, lo cual reestablece positivamente la condición simétrica de la nave a este nivel.

Criterios similares de "reconstrucción corregida" fueron aplicados en la torre Gótica de la catedral de Oviedo (1938-53). Mutilada por efecto de la artillería durante la guerra, su íntegra reconstrucción fue impuesta desde Regiones Devastadas en los años siguientes. La torre fue restituida a su estado previo mediante un proceso igualmente "arqueológico" que, aparte de reparar los daños de las bombas y la artillería, rectificó ciertas actuaciones anteriores, poco afortunadas según Pidal, con un criterio nuevamente revisionista. Otro proyecto singular de sus primeros años al frente de los monumentos de la Cornisa Cantábrica fue la reconstrucción de la Cueva de Covadonga en Cangas de Onís (1938-46).<sup>20</sup> De nuevo bajo los auspicios de Regiones Devastadas, esta reconstrucción aunó en un mismo enclave los valores arquitectónicos con los religiosos y propagandísticos. La restitución del espacio sacro de la "Santa Cueva" fue abordada por Menéndez-Pidal con igual devoción que dedicación, consciente del valor que atesoraba el monumento para Asturias, así como la beneficiosa repercusión que su obra pudiera tener en la aceptación del nuevo gobierno. Los lazos ideológicos que el régimen franquista tendía entre la Guerra Civil y la Reconquista Española dotaron a esta obra de un acentuado simbolismo que añadir a la lectura arquitectónica.

### La autarquía: entre la devoción y la racionalidad.

#### El nombramiento de Menéndez-Pidal como Arquitecto de la Primera Zona

La siguiente etapa de Menéndez-Pidal abarcó la totalidad de la posguerra española, desde 1939 hasta su ingreso en la Real Academia de San Fernando en 1956. Fechas ambas que coinciden, a grandes rasgos, con la denominada autarquía del régimen franquista, desde el final de la Guerra Civil hasta la apertura del régimen franquista<sup>21</sup>. En ella se produce su nombramiento como Arquitecto Conservador de Monumentos de la Primera Zona (1941), lo que supondría su consagración definitiva al ámbito nacional de la restauración arquitectónica. Las competencias que adquirió con este nombramiento reconocían la metódica labor desarrollada en la conservación del patrimonio de la Cornisa Cantábrica durante los duros años de guerra.

Los escasos 20 años que duró la reconstrucción de posguerra tuvieron un reflejo muy nítido en los monumentos españoles. Las violentas actuaciones reconstructivas dejaron una profunda huella en nuestro paisaje monumental. Si en un primer momento este había sido seriamente castigado por el acoso de la guerra, posteriormente lo sería por la acción de técnicos que, con escaso respeto a la verdad histórica, buscaron recrear un escenario monumental acorde con los deseos grandilocuentes del nuevo régimen.

La llegada del régimen franquista dio origen a un proceso de ruptura ideológica y reorganización institucional de la conservación de monumentos en España. El "Nuevo Estado" propició desde sus comienzos una vuelta atrás en la aplicación de principios sobre restauración arquitectónica. Las consecuencias del conflicto, unidas a las primeras revueltas de 1931 y 1934, presentaban un panorama desolador de patrimonio dañado o perdido<sup>22</sup>. Regiones Devastadas promovió la tarea de reconstrucción

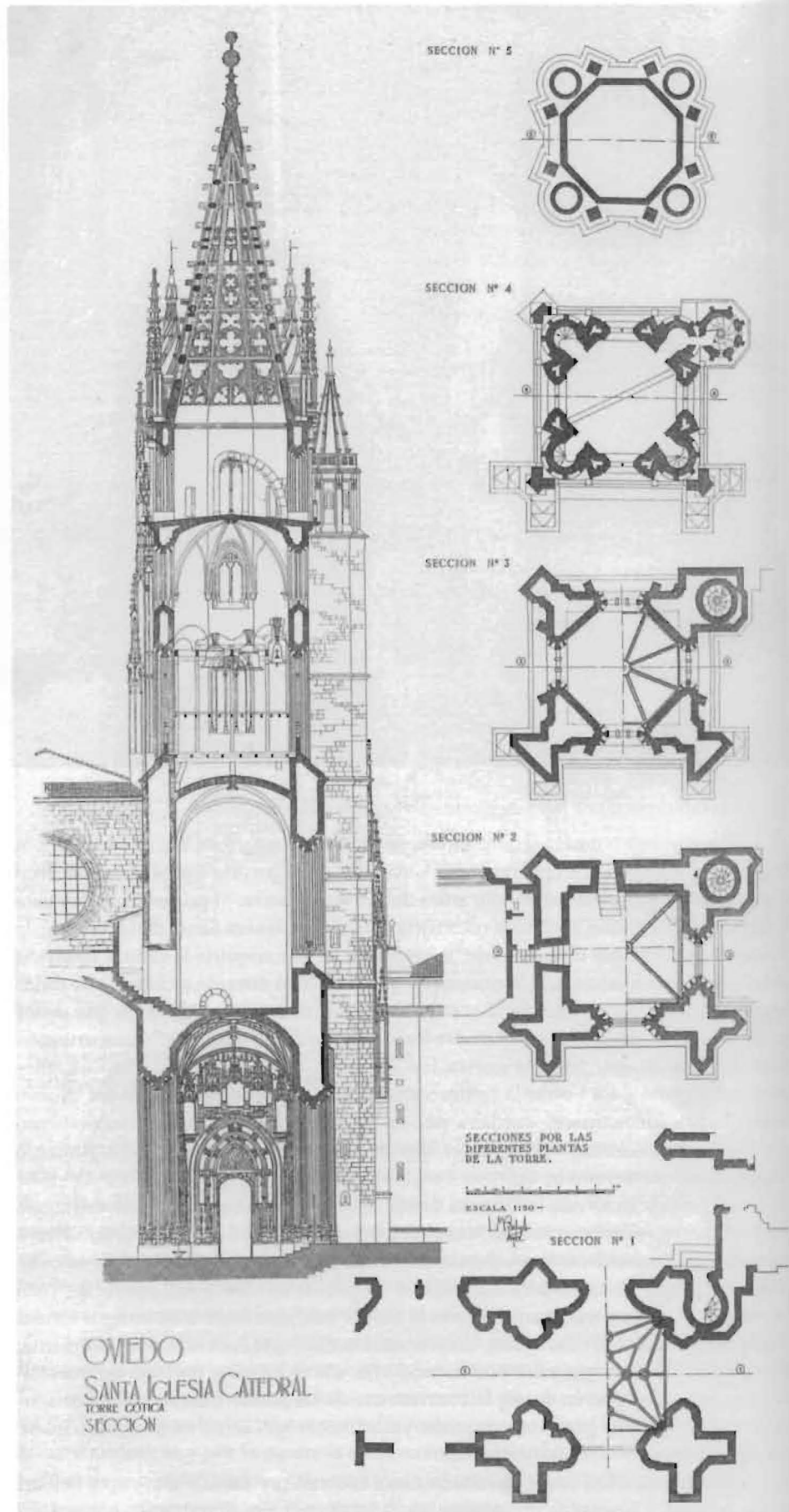
<sup>19</sup> Menéndez-Pidal y Álvarez, Luis. "La Cámara Santa...". *Ibidem*, 1960, p. 31. En este artículo Menéndez Pidal describe extensamente el proceso seguido en la reconstrucción del templo.

<sup>20</sup> Recogido en la publicación monográfica y en el discurso de ingreso en la Academia: Menéndez Pidal y Álvarez, Luis. "La Cueva de Covadonga: Santuario de Nuestra Señora la Virgen María". Espasa-Calpe, Madrid, 1956; "La Cueva de Covadonga, Santuario de Nuestra Señora la Virgen María". Discurso de ingreso en el Instituto de Estudios Asturianos el 10 de diciembre de 1951 y contestado por Martín Andreu Valdés-Solis. Oviedo, 1968.

<sup>21</sup> España ingresa en la ONU en 1955 y la apertura de fronteras abrirían definitivamente el camino a la llegada de inversiones, fundamentalmente capital norteamericano, y al turismo.

<sup>22</sup> Según un informe elaborado por la Dirección General de Regiones Devastadas en 1943, se habían arrasado 150 iglesias, demolidos 1850 edificios y se causaron daños serios en 4850 templos. AA.VV. "La reconstrucción de España". Reconstrucción, nº 35. Madrid, 1945. pp. 2-6. Regiones mantendría una política de "adopción" de los pueblos liberados, especialmente de aquellos que habían demostrado algún tipo de resistencia heroica.

Proyecto de restauración de la  
torre de la catedral de Oviedo,  
Luis Menéndez-Pidal, 1944.  
Reconstrucción, nº 2, DGRD,  
1945.



<sup>23</sup> La recuperación de los símbolos arquitectónicos iba pareja a la recuperación de la memoria histórica de las poblaciones castigadas por la guerra. No fue extraña esta actitud; la reintegración simbólica del patrimonio fue comúnmente asumida en los países afectados por la Segunda Guerra Mundial. En ellos se recurriría a reconstrucciones "analógicas" como medio para recuperar la ambientación arquitectónica de los monumentos dañados (que en muchas ocasiones se acercó a la "identidad formal" con el estado anterior. Capitel, Antón. "El tapiz de Penélope". La recuperación simbólica del patrimonio fue comúnmente asumida en las reconstrucciones de posguerra en los países afectados, especialmente en la 2ª Guerra Mundial.

<sup>24</sup> Regiones Devastadas trató de buscar una rentabilidad política y propagandística a sus actuaciones, aspiración comprensible tras la instauración del nuevo régimen consecuencia de un conflicto civil, y ante la situación de bloqueo y falta de reconocimiento internacional. La política de reconstrucción llevada a cabo por la D.G.R.D. no es en ningún momento equitativa en el reparto del presupuesto, sino que pretende justificar el esquema de división del antiguo Servicio en «colonización» y «propaganda». Dedicó importantes partidas a la reconstrucción, ya sea de monumentos o de arquitectura civil, en aquellas poblaciones que tuvieron un importante papel en la guerra. Moreno Torres, J. "Un organismo del nuevo estado". Conferencia en el Instituto Técnico de la Construcción. Enero de 1941. *Reconstrucción*, nº 12, mayo 1941.

<sup>25</sup> La renovación de los técnicos encargados de la tutela del patrimonio arquitectónico provocó la discriminación, casi absoluta, de los técnicos que habían llevado este peso durante la 2ª República. Esto motivó que accedieran a puestos de responsabilidad nuevos profesionales, a veces sin una gran preparación técnica, pero que atesoraban, condición *sinequantum*, una marcada filiación ideológica. Así pues, la reformulación de una corriente de restauración en España dependerá más de la formación personal de cada arquitecto que de unas directrices comunes.

Mientras para unos la reconstrucción era entendida como una operación de restauración, para otros el concepto se entendió no tanto en términos arquitectónicos sino como la actuación que pretendía sentar las bases de una nueva estructura económica, de forma tal que se organizase una nueva ordenación de la riqueza. Se centraron estos intereses en entender la "Reconstrucción" como política de propaganda, en un proceso en el que la agricultura fue definida como motor de la economía; por otro lado hubo un intento del poder por resolver la ciudad de clase y, por último, un deseo de concebir la ciudad como un símbolo, como un auténtico mausoleo que ensalzara la nueva clase dirigente. Mas información en el artículo de Carlos Sambricio. «...¡Que coman república!». Introducción a un estudio sobre la reconstrucción en la España de posguerra". Catálogo de la exposición organizada por el Colegio de Arquitectos de Cataluña y Baleares. Barcelona. 1977, pp. 21-33. En esta reformulación de los principios, las actuaciones dependerán más de la formación personal de cada arquitecto que de unas directrices comunes, lo que nos ofreció actitudes de variado signo y diferentes interpretaciones.

desde la misma contienda, favorecieron el acceso a aquellos arquitectos que, cumpliendo el requisito indispensable de afinidad política, se alejaban de los renovadores principios dominantes del periodo republicano, como atesoraba Menéndez-Pidal. La tarea de reconstrucción del patrimonio arquitectónico español se prolongaría durante aproximadamente veinte años y se realizó con escasísimos medios materiales debido a su política autárquica y al aislamiento internacional.<sup>23</sup>

El gran cambio que se produjo en los conceptos básicos de restauración arquitectónica pasaba por la necesidad de propaganda política del régimen, bajo los desig-nios de Regiones, junto con el deseo por crear un renovado escenario monumental, que borrara u ocultara las heridas sufridas durante la guerra.<sup>24</sup> La voluntad de creación de una escenografía acorde con el nuevo régimen sería la causa por la que la "unidad de estilo" fuera nuevamente retomada con fruición y aceptada por la incapacidad que ofrecía el discurso "científico". Además, la nueva coyuntura que brindaba la destrucción sufrida se mostró como el momento idóneo para revisar estilísticamente muchos edificios.

En este contexto, la "reconstrucción" del nuevo gobierno abarcaba la reestructuración total de los elementos que intervenían en la tutela y restauración del patrimonio cultural, desde la reorganización de la administración hasta la renovación del cuadro técnico de arquitectos restauradores, con la consiguiente modificación de los criterios y métodos de restauración.<sup>25</sup>

La falta de tradición y experiencia que por lo general atesoraban los nuevos técnicos y la ideología que impregnaba la labor de este periodo darían lugar a un tipo de realizaciones en los que existió muy poco rigor con la veracidad histórica. La expresa voluntad de monumentalismo y la búsqueda de la recuperación integral del edificio motivaron que las actuaciones fueran más allá de la mera consolidación, incidiendo con violencia en el edificio y alterando en muchos casos sus características morfológicas para adaptarlas a una visión concreta de la arquitectura y de la historia.<sup>26</sup>

Numerosas intervenciones de urgencia se hicieron con precariedad técnica provocada por la singular situación de posguerra y el aislamiento internacional. La misma ausencia de materiales y medios modernos que, por otro lado, ejercería una positiva influencia en la no introducción de artificiosas soluciones estructurales y constructivas, y que en el caso de Menéndez-Pidal dio paso a una interpretación de los métodos tradicionales de la construcción monumental. Esto le evitaría caer en los excesos constructivos que se dieron en otros puntos del panorama internacional, más aún cuando estos venían motivados por la interpretación de los principios "científicos".

El aislamiento al que se vio sometido España ocasionaba que los arquitectos encargados de su reconstrucción arquitectónica habían de afrontar ésta ajenos a las vicisitudes del resto de países afectados por la Segunda Guerra Mundial (como Alemania, Francia, Italia o Inglaterra), olvidando en buena medida, por contrarias a la causa nacional, experiencias aprendidas en etapas anteriores.

### *El nombramiento de Menéndez-Pidal como Arquitecto de Zona: retroceso ideológico*

Con el fin de la guerra, el nuevo régimen encumbraría definitivamente la trayectoria profesional de Menéndez-Pidal. Su nombramiento en 1941 como Arquitecto Conservador de Monumentos del Servicio de Defensa del Patrimonio Artístico Nacional, tras un breve periodo como Comisario (1939-41), dio lugar a una nueva etapa personal. Esta vendría condicionada por la metódica superación de los daños causados por la guerra junto con la atención al cuantioso patrimonio de la Zona que le fue asignada, la Primera. En ella se incluían los monumentos de las provincias de: Asturias, León, Zamora, La Coruña, Lugo, Orense y Pontevedra, que configuraban, con diferencia, la más amplia del territorio nacional.<sup>27</sup> Las nuevas atribuciones de su cargo le permitían abordar un número mayor de edificios lo que le facilitó el aprendizaje sobre los más variados monumentos, estilos, procedimientos constructivos, etc., que asentaron defi-

nitivamente su metodología. El reconocimiento a su labor se vio asimismo reforzado por la continuación de sus funciones sobre el monasterio de Guadalupe, abandonado circunstancialmente durante la guerra hasta 1942, lo que constituyó una auténtica excepción dentro de las rígidas estructuras administrativas del régimen.

La nueva fase de intervenciones que se abría con su nombramiento como Arquitecto de Zona, dependiente ya de Educación Nacional, hacía albergar un cambio de posicionamiento que se distanciara de los rígidos dictámenes de Regiones Devastadas. Sin embargo, su traslado a Educación no significó un cambio en los planteamientos de su etapa anterior. La nueva responsabilidad que nuestro arquitecto asumió le permitió ampliar considerablemente los horizontes de sus actuaciones. La búsqueda del estado original de la obra, deducido mediante su ya consolidado proceso "arqueológico y deductivo", continuaría siendo su principal obsesión.

Con su nuevo escalafón, Menéndez-Pidal no solamente adquirió una responsabilidad más amplia sobre el patrimonio sino que obtuvo una libertad de planteamientos inigualable en la restauración arquitectónica de aquellos años. Sus proyectos, a partir de entonces, habrían de ser concebidos y presupuestados bajo su propio criterio, quedando únicamente a falta de la aprobación de la "Superioridad" para ponerlos en práctica. Las dificultades económicas de aquellos años condicionaban la ejecución de los proyectos conforme a expedientes muy escuetos que se solían prolongar solapadamente en años sucesivos, hasta completar el grueso de la obra. Así, Menéndez-Pidal disponía del tiempo necesario para abordar la práctica totalidad de los monumentos que le fueron confiados, y madurar, del mismo modo, la "idea del edificio" que buscaba para cada uno de ellos.

No obstante, esta aparente libertad de acción estuvo limitada por el "servicio" a los ideales del régimen y por el mantenimiento de los criterios que habían presidido las reconstrucciones de la inmediata posguerra. No cabían por tanto planteamientos renovadores, ni mucho menos referencias a la moderna escuela de restauración europea; el aislamiento internacional que mantenía nuestro país condicionaba la asimilación de los postulados impuestos por las instituciones. Tanto Menéndez-Pidal como el resto de profesionales encargados de la restauración monumental de España hubieron de afrontar estos años ajenos a las distintas vicisitudes que mantenían el resto de países afectados por la Segunda Guerra Mundial; y olvidaron, en buena medida, por contrarias a "la causa nacional", las experiencias aprendidas en etapas anteriores.

La responsabilidad de Menéndez-Pidal al frente de la Primera Zona le abrió un extensísimo horizonte de intervenciones en donde la precariedad técnica y económica de los primeros años del régimen provocó que sus actuaciones se destinaran a las reparaciones más urgentes. Éstas solían recaer en las cubiertas, amén de conseguir la integridad estructural y constructiva para asegurar la estabilidad física de los edificios. La escasez de medios materiales y la ausencia de tecnologías modernas apoyaban sus intervenciones en los conocimientos constructivos tradicionales aprendidos en sus años anteriores, evitando la inclusión de modernas y artificiosas soluciones, tan comunes en otros países en los años de posguerra, y tan negativas para la integridad de sus fábricas<sup>25</sup>. La fidelidad arqueológica en las técnicas de restauración, limitada por la ausencia de medios materiales, fue un positivo argumento presente en muchas de sus primeras obras al frente de la Primera Zona.

Así por ejemplo, los primeros expedientes para San Salvador de Valdediós (Asturias, 1953-55) procuraron solucionar los continuos problemas de humedades, desde criterios de intervención mínima y respeto consciente del edificio. Igualmente, la siguiente campaña de actuaciones para Santa María del Naranco (Asturias, 1950), se plantearía desde un entendimiento netamente conservador y de consolidación de los importantes logros conseguidos en la etapa republicana. Esta actitud contenida le ofrecía la posibilidad de estudiar convenientemente estos ejemplos, en los que, poco a poco, iba concibiendo su propia idea de intervención, que sería materializada en los años siguientes. También de consolidación fue la intervención realizada sobre la colegiata de Toro (Zamora, 1942-57). Las correcciones estructurales y las consolidaciones

<sup>26</sup> La renovación de los técnicos perseguía la herencia de las tendencias más tradicionalistas en materia de restauración que se habían dado durante los decenios anteriores. Esto se basaba en la recuperación de los conceptos obsoletos de "unidad de estilo", la recuperación del estado originario y la capacidad de perfeccionamiento del edificio por encima de su verdad histórica.

<sup>27</sup> Sólo eran 7 para todo el territorio español, de ahí que se les llamara con el sobrenombre de "los 7 magníficos". Esta división en regiones de actuación provenía del periodo republicano y fue adoptada y continuada por la administración franquista. En: VV.AA. "Veinte años de Restauración Monumental en España". Catálogo de la Exposición. Ministerio de Educación Nacional, Dirección General de Bellas Artes, Madrid, 1958. Introducción, p. 5.

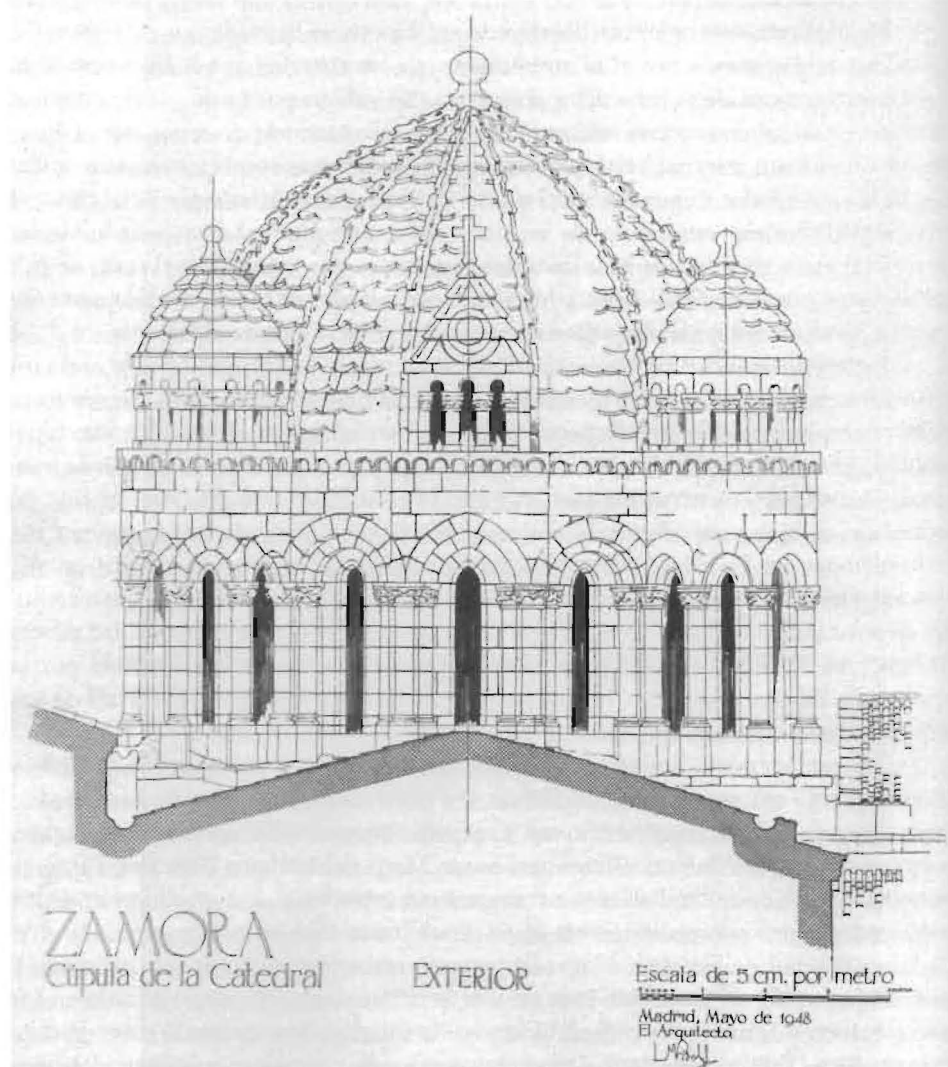
<sup>28</sup> Los excesos que llevaba la aplicación indiscriminada de la Carta de Atenas fueron padecidos fundamentalmente en los países afectados por la 2ª Guerra Mundial, y fundamentalmente Polonia, Italia, Francia, y Alemania. La introducción de artificiosas estructuras de hormigón armado en la consolidación de estructuras tradicionales de fábrica pétreo o ladrillo, como solía ocurrir, provocaría con el tiempo agudas patologías derivadas de la incompatibilidad en la comunión de estos materiales. Aún, hoy en día, se siguen padeciendo sus consecuencias.

sistemáticas de sus fábricas pasaron incluso por su desmontaje y rearmado para afianzar su estabilidad estructural. O en San Salvador de Priesca (Asturias, 1942), donde fue rescatada lo que Menéndez-Pidal entendió era la típica ambientación espacial interior de los templos prerrománicos y que sería posteriormente generalizada para todos los miembros de esta familia. Las dudas que le habían asaltado en sus primeras intervenciones, sobre la posible reconstrucción del pórtico occidental, fueron finalmente rechazadas, consciente de la mayor pureza estilística que guardaba sin ese elemento.

Muchas de las actuaciones sobre los monumentos gallegos estuvieron encaminadas, al igual que en otras provincias, a asegurar la estabilidad estructural y constructiva necesaria para mantenerlos en uso. Así sucedió en las primeras actuaciones de la iglesia del monasterio de Santa María la Nueva (Lugo, 1946-53); la iglesia de Santa Eulalia de Bóveda (Lugo, 1953); la catedral de Mondoñedo (Lugo, 1950-51); el monasterio de San Julián de Samos (Lugo, 1951); la iglesia de San Juan de Puertomarín (Lugo, 1942); la catedral de Lugo (1942); la iglesia de Santa Marina de Aguas Santas (Orense, 1957); el palacio Episcopal (Orense, 1946-51), el monasterio de Santa María de Acebeiro (Pontevedra, 1949); o la iglesia del Convento de San Francisco (Pontevedra, 1950), por citar algunos de los aún más numerosos ejemplos que en estos años se atendieron.

Otros monumentos gallegos fueron salvados de una ruina inminente gracias a las atenciones reparadoras acometidas con urgencia en estos primeros años. El monasterio de Santa María de Osera (Orense, 1949-60), donde fueron reconstruidos numerosos lienzos colapsados para dar paso, en años siguientes, a la restauración general del cenobio en sucesivos expedientes; o el castillo de Rivadavia (Orense, 1950-55), donde

Catedral de Zamora, proyecto de restauración del cimborrio  
Luis Menéndez-Pidal, 1948.  
Archivo General de la  
Administración, Alcalá de Henares  
(Madrid). Expedientes de obra.



Los primeros expedientes sobre la catedral de León (1948-56) irían encaminados a restaurar la torre Vieja. Fue recuperada su castigada fisonomía aportando criterios novedosos entonces, como fueron los sólidos capaces empleados a algunos elementos restituidos. La correcta elección de la piedra de Boñar, basándose en su textura, cromatismo y propiedades físicas, introdujo una novedosa y hasta entonces desconocida lectura plástica de su fachada. Asimismo, en la intervención sobre la catedral de Tuy (Pontevedra, 1942-62) Menéndez-Pidal impuso la idea de recuperar la "perdida autenticidad" del templo que se había diluido por múltiples reformas en los siglos anteriores. La restitución de la fachada principal con el traslado de la escalera que la enmascaraba y la recomposición completa del coro reformularon el entendimiento espacial y formal del templo.

El cambio de uso como medida para rescatar el numeroso patrimonio desatendido se convirtió en el argumento prioritario de numerosas intervenciones, como en el convento de San Francisco (Lugo, 1951-69) transformado por Menéndez-Pidal a museo de Bellas Artes de la ciudad. La restitución de numerosos elementos del claustro se realizó mediante la novedosa técnica del "sacado de puntos" que permitía realizar interesantes, y "científicos", sólidos capaces, lo que se alternó con las copias idénticas, más formalistas, de otros elementos ornamentales. Las intervenciones de rehabilitación con cambio de uso eran cada vez más comunes en la administración que veía positivamente el mantenimiento de la funcionalidad de las arquitecturas históricas. Del mismo modo, la adaptación del museo Diocesano fue el principal argumento de su proyecto sobre la catedral de San Martín de Orense (1942-57); o en las ruinas del convento de Santo Domingo (Pontevedra, 1944-49), adaptadas a museo Arqueológico.

Otras actitudes más intervencionistas fueron necesarias cuando el objeto de atención se hallaba prácticamente en ruinas. El derrumbe de la torre y el ábside de la iglesia de San Tirso de Sahagún (León, 1949) motivó su reconstrucción íntegra, en un proceso similar al contemplado para la Cámara Santa de Oviedo. La restitución fue abordada mediante la investigación arqueológica que reprodujera técnicas y materiales, junto con una anastylosis "hasta donde fue posible" para conseguir su total y completa recuperación, que fue realizada en escaso tiempo (1949-1953). La sutil diferenciación que el nuevo cuerpo mantiene, por efecto de su moderno ladrillo, con respecto al cuerpo original, se constituyó como una positiva discriminación "científica".

La idea de "reconstrucción" tuvo su continuidad en la catedral de Astorga (León, 1944-69), en donde su torre norte fue finalmente reconstruida tras varios intentos del arquitecto anterior, Manuel de Cárdenas. La total mimesis con su gemela al sur se impuso como criterio preeminente. No obstante, la estructura interior fue materializada con novedosos mecanismo de hierro laminado, en una solución previamente concebida por Cárdenas. La comprometida convivencia entre materiales tradicionales y modernos se convertiría con los años en una de las principales obsesiones de nuestro arquitecto.

La magnitud del patrimonio puesto bajo su tutela le brindaba la posibilidad de actuar desde diferentes planteamientos, según la obra a la que tenía que enfrentarse. Así, cuando hubo de restaurar edificios en estado ruinoso, la sensibilidad "romántica" fue puesta de manifiesto, como sucedió en los primeros expedientes sobre las ruinas del monasterio de Carracedo (León, 1948), o en las del monasterio vecino de Villaverde de Sandoval (León, 1948), consolidados y protegidas sus ruinas en ambos, entendidos como una unidad arquitectónica transfigurada, pero plenamente capaz de comunicar una percepción plástica.

En el monasterio de Guadalupe, la primera fase de intervenciones para Educación Nacional comenzaría definitivamente la restauración íntegra del complejo (1942-62). Tras las primeras actuaciones bajo los criterios "modernos", que caracterizaban sus intervenciones anteriores a 1936, la confianza demostrada en Menéndez-Pidal con su permanencia en el cargo de restaurador del monasterio en una zona ajena a la suya, le permitió planificar sus actuaciones en el tiempo. La búsqueda de un estado prístino guió sus proyectos sobre el cenobio. Las intervenciones más estilísticas fueron realiza-

las consolidaciones y reconstrucciones más apremiantes descubrieron una interesante necrópolis puesta en valor a través de la restauración del castillo.

Pero quizás el ejemplo que mejor demuestre el entendimiento de su método arqueológico lo personifique su intervención sobre la catedral de Zamora (1942-66). En ella abordó la restitución de su rasgo arquitectónico más singular formado obviamente por su cimborrio bizantino y sus cubiertas pétreas, que nuestro arquitecto redescubrió mediante un interesante proceso de investigación sobre el edificio y búsqueda de documentación histórica para desentrañar su "estado original". El interesante proceso deductivo de sustitución "dovela a dovela" de su disgregada piedra, posibilitó la positiva restitución de su cimborrio y sus cubiertas, lo cual se convirtió en su más acertada aportación.

Actitud similar de recuperación arqueológica fue realizada en las torres del Oeste de Catoira (Pontevedra, 1944-56). Mediante un proceso de investigación histórica-arqueológica restituyó los restos aún en pie para conseguir una lectura correcta del conjunto. O la recuperación que realizó en la iglesia de Santa María la Mayor (Pontevedra, 1946-53), donde el traslado del coro recuperó la antigua fisonomía del espacio interior a la vez que devolvía las visuales perspectivas desde la entrada hacia el ábside. Una actitud similar fue la demostrada con las recuperaciones de las cubiertas y artesanos en el convento de Sancti Spiritus (Zamora, 1947). La necesaria investigación que dilucidara el original despiece del alfarje posibilitó su restitución íntegra.

La investigación del monumento que restauraba, como único objetivo, constituyó en muchos casos el principal argumento de sus intervenciones, al margen de las habituales actuaciones reparadoras. En la catedral de Santiago de Compostela (La Coruña, 1941-42, 1945-61) se dedicó básicamente a la investigación arqueológica de sus sustos. Con la ayuda de Manuel Chamoso Lamas y Francisco Pons Sorolla, juntos consiguieron desentrañar la fundación de la anterior basílica de Alfonso III, a lo que se añadió el descubrimiento, como en la sede zamorana, de las cubiertas pétreas.

La intervención sobre la iglesia de Santa María del Campo (La Coruña, 1945-50), atajó los graves problemas estructurales que presentaban sus bóvedas en un interesante proceso de investigación y análisis. Las patologías fueron resueltas utilizando las mismas herramientas constructivas del edificio, con una actitud "científica" y a la vez respetuosa, sin introducir procedimientos modernos ajenos. Este procedimiento se configuraría como el contrapunto a las sistemáticas introducciones de modernas estructuras (vigas de hormigón armado, hierro laminado, etc.), que protagonizarían muchas de las actuaciones posteriores. Actuaciones arqueológicas que recibió asimismo la colegiata de Santa María la Real de Sar (La Coruña, 1946-51) para restituir su estado originario, actuando sobre el claustro, fachada sur y el rosetón de la fachada occidental, entre otras partes.

Los primeros expedientes sobre las murallas de Lugo (1949-57) tuvieron un objetivo básicamente de consolidación, actuando sobre numerosos lienzos para restituir su integridad estructural, dejando para más adelante las liberaciones sistemáticas protagonistas de las siguientes fases.

Además de las anteriores intervenciones, hasta cierto punto contenidas por la escasez presupuestaria y tecnológica, también asistimos a otras más revisionistas y profundas que avanzaron en la idea de la restitución a un supuesto estado prístino. Así, por ejemplo, en la iglesia de Santo Adriano de Tuñón (Asturias, 1946-50) nuestro arquitecto buscó recuperar la imagen del edificio prerrománico que se hallaba alterado por los diferentes añadidos históricos. En este cometido, fue desmontado su pórtico meridional, que había sido previamente rearmado por él mismo en la inmediata posguerra, y sin embargo no sucedió lo mismo con el cuerpo moderno adosado a los pies de la iglesia, conservado por su coherencia estética con el resto original, y diferenciado "científicamente", con la parte prerrománica.

Una actitud igualmente intervencionista demostró con las primeras actuaciones sobre el monasterio de San Martín de Castañeda (Zamora, 1946-51), cuando la búsqueda del estado original le llevó a la demolición de los cuerpos adosados que "contaminaban" la cabecera de la iglesia.



das en el Camarín, Antecapilla y Trono de la Virgen (1942-44, 1953, 1957-58), monumentalizado y concebido por Pidal como el punto culminante del espacio interior. Se recuperó la silueta de la torre de las Campanas y los lienzos de la muralla (1947) que profundizaban en la restitución del carácter de monasterio-fortaleza. Además, se comenzó con la eliminación de las "molestas" celdas jerónimas que contaminaban la imagen original, y con los trabajos sobre el cimborrio (1949-50) y los hastiales de la iglesia que se recompusieron con tracerías mudéjares en rosetones y coronaciones (1959), con unos diseños que imitaban y se integraban sutilmente en la ornamentación dominante del conjunto.

### La apertura ideológica del régimen y el ingreso de Menéndez-Pidal en la Academia de Bellas Artes de San Fernando

El nombramiento de Menéndez-Pidal como académico coincidió con el final de la autarquía y la apertura internacional del régimen franquista, lo que comúnmente ha sido entendido como el final de la "reconstrucción de posguerra". Con el ingreso de España en la ONU (1955) la apertura de régimen dio lugar a un notable incremento de fondos hacia el patrimonio arquitectónico.<sup>29</sup> La década de los 60 alumbró un nuevo horizonte que influiría poderosamente en la actitud de Menéndez-Pidal y del conjunto de técnicos que hasta entonces habían protagonizado las intervenciones de la etapa autárquica.

Con la llegada del "desarrollismo" la conservación de nuestro patrimonio se vería inmersa en una de sus crisis más traumáticas que dejarían una profunda huella en los monumentos, a la que nuestro arquitecto no sería ajeno.<sup>30</sup> Como ha comentado Muñoz Cosme, múltiples circunstancias incurrieron en esta nueva coyuntura: en primer lugar, la sociedad española, en plena expansión económica y demográfica, ejercía fuertes presiones sobre un patrimonio objeto de múltiples intereses; en segundo lugar, una legislación insuficiente y que provenía en su mayor parte de los logros alcanzados en la etapa republicana; en tercer lugar una administración anquilosada para la que el patrimonio era una materia de menor interés; y por último, las fuertes presiones que el desarrollismo económico ejercía sobre el patrimonio, con el fin de ofrecer un producto satisfactorio al creciente turismo que a partir de estos años se convertiría en la principal fuente de ingresos de nuestra economía.<sup>31</sup>

Sin embargo, la apertura económica del régimen no se vio correspondida con la introducción de las nuevas tendencias de conservación que se estaban produciendo en otros puntos del panorama internacional (países afectados por la Segunda Guerra Mundial). El nulo desarrollo teórico contrastaba con la profusa evolución que por años parejos se experimentaba en Italia, donde se reformulaba la normativa sobre restauración y se avanzaba lo que posteriormente se conocería como la "restauración crítica", recogida en la Carta de Venecia de 1964, a la cual Menéndez-Pidal sería ajeno.

Durante este periodo, a pesar de la tendencia aperturista, la restauración arquitectónica se caracterizó por el mantenimiento de la práctica de posguerra. Se siguieron sosteniendo las mismas constantes "estilísticas" y "restauradoras" de la etapa anterior, sin dar paso a posturas renovadoras "científicas" y mucho menos "críticas". Fue común en estos años entender la modernidad como la herramienta para, a través de los nuevos materiales, mantener el mismo concepto de "aparición originaria".<sup>32</sup> Se trataba de una práctica anticuada e ineficaz, con tildes "monumentalistas" similares a los de posguerra y que no respondía a la realidad del país, con su incipiente desarrollo social e industrial.<sup>33</sup>

Este sería otro factor determinante en la evolución de los criterios sobre el patrimonio. El fuerte desarrollo tecnológico de estos años propició la confianza ciega en las nuevas tecnologías con efectos, como veremos, poco afortunados, entre los que incluimos muchas de las actuaciones de Menéndez-Pidal.

En el ámbito administrativo, a pesar del profundo cambio que la sociedad en su conjunto estaba viviendo, no se produjeron modificaciones significativas con el perio-

<sup>29</sup> El incremento de fondos era debido a la llegada de capital fundamentalmente norteamericano y a la afluencia de turistas extranjeros.

<sup>30</sup> Como ha comentado Muñoz Cosme, múltiples circunstancias incurrieron en esta nueva coyuntura: en primer lugar, la sociedad española, en plena expansión económica y demográfica, ejercía fuertes presiones sobre un patrimonio objeto de múltiples intereses; en segundo lugar, una legislación insuficiente, que provenía en su mayor parte de los logros alcanzados en la etapa republicana, a lo que se unía una administración anquilosada para la que el patrimonio era una materia de menor interés; y por último, las fuertes presiones que el desarrollismo económico ejercía sobre el patrimonio para ofrecer un producto satisfactorio a las demandas de la población y al creciente turismo que a partir de estos años se convertiría en la principal fuente de ingresos de nuestra economía. Muñoz Cosme, Alfonso. "La conservación del Patrimonio arquitectónico español", Ministerio de Cultura, Madrid, 1989.

<sup>31</sup> Es cierto que fueron múltiples los factores que concurren en el "desarrollismo" español, nosotros hacemos solamente mención de aquellos que pudieron influir en el desarrollo teórico y metodológico de Menéndez-Pidal. El patrimonio arquitectónico se vio amenazado por diversos factores, entre ellos destacaban: La ausencia de medios administrativos de protección, la fuerte explosión demográfica de la población, los flujos migratorios que acuden a las grandes capitales y el súbito desarrollo industrial; a lo que se añadía un ingrediente fundamental: el turismo. La apertura internacional dio como respuesta la afluencia de turistas. La respuesta orquestada para ese creciente turismo tendrá consecuencias muy negativas sobre la ciudad histórica y el patrimonio.

<sup>32</sup> No obstante, ciertos síntomas de cambio se empezaban a percibir con la incorporación de nuevos técnicos con una formación distinta, más "moderna" y actualizada, al plantel de escasas figuras que protagonizaban la conservación de monumentos. Asimismo, la llegada y difusión en España de las revistas de arquitectura extranjeras provocó la apertura y el intercambio cultural con otros países, y que la "modernidad" ingresara poco a poco en nuestro país. Lo importante no era la calidad arquitectónica de la intervención, ni los criterios empleados, sino difundir las actuaciones como logros puntuales, de cara a la imagen exterior (turismo) para servir de propaganda, continuando con la política de manipulación del patrimonio que el franquismo comenzó tras la Guerra Civil. Ahora, no es ya legítimo un naciente régimen, sino publicitar un territorio como idóneo para la afluencia de capital extranjero, turismo, inversiones, etc.

<sup>33</sup> No obstante, ciertos síntomas de cambio se empezaban a percibir: nuevos técnicos con una formación distinta; se producen reivindicaciones populares relativas al patrimonio, demandando intervenciones; empiezan a llegar a España las revistas de arquitectura extranjeras.

do anterior. La Dirección General de Bellas Artes mantendría la línea historicista de sus actuaciones previas, por lo general en pequeños monumentos u obras de escasa cuantía. Los proyectos seguirían pecando de escasísimas memorias descriptivas, con estudios mínimos en el mejor de los casos, y sin investigaciones previas. Por otro lado, la Dirección General de Arquitectura seguiría asumiendo las intervenciones más voluminosas, recogiendo la herencia de DGRD. Los conceptos de transformación morfológica "liberación" de añadidos, recuperación estilística y monumentalización seguirían aún vigentes, a la búsqueda de un rédito político y propagandístico.

#### *El discurso de ingreso en la Academia de San Fernando: teoría y riesgos*

La primera vez, y la única, que Menéndez-Pidal se introdujo en el campo de la teoría se produjo con motivo de su discurso de ingreso en la Academia de San Fernando. Anteriormente se habían dado pequeñas aportaciones de los criterios o procedimientos que incorporaba en sus proyectos (por lo general bastante exiguos), y una pequeña exposición que realizó en su libro "Los Monumentos de Asturias..." (1954) donde enunciaba las claves que habían regido sus intervenciones sobre el patrimonio asturiano en los años de posguerra. Con el título: "El Arquitecto y su obra en el cuidado de los monumentos" (1956),<sup>34</sup> este documento significó el repaso concienzudo de las diferentes influencias que hasta entonces había asimilado, desde las doctrinas de Viollet-le-Duc, pasando por Ruskin, Beltrami, Boito y Giovanonni, las cuales combinaba con su propia experiencia personal; Menéndez-Pidal realizó un auténtico compendio ideológico, didáctico y ecléctico, en un intento por introducir y renovar el anquilosado debate sobre restauración presente entonces en España. De todos sus escritos y publicaciones fue sin duda su documento más actualizado e interesante, por recoger y descubrirnos su perfecto conocimiento de la historia de la disciplina. A fin de cuentas, su ingreso dentro de la Academia suponía el reconocimiento a una brillante carrera que desde los estamentos institucionales del régimen se le daba a una figura que había protagonizado algunas de las reconstrucciones más señaladas en la posguerra española.

Paradójicamente la interesante toma de postura ideológica de Menéndez-Pidal en 1956 fue correspondida con el comienzo de su etapa más intervencionista sobre el patrimonio arquitectónico. Los ricos y eclécticos conceptos enunciados en la Academia dieron paso a dudosos planteamientos, escasamente sostenibles si los contrastamos con los defendidos en su discurso programático. Fue en este su último ciclo vital cuando asistimos a las intervenciones más injustificadas y arbitrarias de toda su andadura. Nuestro personaje mantendría los métodos y procedimientos iguales a su anterior etapa, pero serían aplicados con una radicalidad sensiblemente mayor, y llevados a sus últimas consecuencias. Durante esta etapa, actitudes "estilísticas" y reformadoras nos hicieron olvidar, cada vez con mayor claridad, sus iniciales planteamientos "modernos".

Fueron años de contrastes. Su posición dominante en las competencias técnicas de la Primera Zona, junto con el aumento de las asignaciones económicas, le facultaron a tomar riesgos excesivos que en años anteriores se habían visto limitados por diversos condicionantes. Lo normal era que las intervenciones dieran continuación a las ya comenzadas anteriormente. La conclusión de las labores más urgentes de reconstrucción o la rutinaria "conservación" dieron paso a posturas netamente intervencionistas, cada vez más evidentes según nuestro arquitecto se fue haciendo más mayor. Finalizada la etapa de consolidaciones y conservaciones, desde claves de intervención limitada, se abrió un nuevo horizonte de actuaciones profundas y revisionistas que significarían la relectura formalista de muchos edificios.

Fue el momento de poner en práctica la particular "idea del edificio" que nuestro arquitecto albergaba para cada caso concreto y que en muchos de ellos abordó y materializó hasta sus últimas consecuencias. Al igual que en las etapas anteriores, los conceptos de "veracidad histórica" o "autenticidad" quedaron soslayados a favor del "valor formal" y la cualidad plástica de la obra. Esto le llevó a caer, en no pocos casos, en auténticos excesos "estilísticos", y en el pintoresquismo historicista, que tan común

<sup>34</sup> Menéndez-Pidal y Álvarez, Luis. "El arquitecto y su obra en el cuidado de los monumentos". Discurso de ingreso en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando el 27 de Mayo de 1956, y contestado por D. José Yáñez Larrosa. Madrid, 1956.

fue, por otro lado, en los años finales del régimen. Menéndez-Pidal era consciente de que eran sus últimos años de dedicación al patrimonio, y entendió sus intervenciones como el resultado, final y definitivo, de la vida del edificio, particularmente identificado con él. La andadura de nuestro arquitecto hasta el final de su vida profesional fue a la vez prolífica y conflictiva.

Menéndez-Pidal siguió confiando su metodología en las mismas claves históricas y arqueológicas que hasta entonces habían regido sus actuaciones anteriores. Hubo, en cambio, una consciente introducción de nuevas tecnologías (acero laminado, morteros de restauración, prótesis de hormigón armado, láminas bituminosas, etc.), que fueron adoptadas con el único condicionante de que no quedaran a la vista. La confianza ciega en los modernos materiales y su uso arbitrario provocaría con el tiempo nuevas patologías que añadir a muchos de los edificios que por estas fechas vieron renovadas sus cubiertas, o afianzadas sus fábricas o estructuras. Las ortopédicas soluciones eran entendidas desde una supuesta modernidad e introducían variables desconocidas y en muchos casos incompatibles.

Además, se constata un considerable aumento en el volumen de las obras realizadas, que sería directamente proporcional a la disminución de la calidad técnica y documental de los proyectos. Más que en ninguna otra etapa, los documentos proyectivos verían recortados sus memorias y planimetrías, salvo escasas excepciones.

Afortunadamente, la discusión anterior no puede aplicarse a la totalidad de actuaciones de su último ciclo. Como en todos ellos, encontraremos actitudes diversas, fruto de su entendimiento ecléctico y plural. También se dieron otros casos que continuaron la interesante línea empírica de los años anteriores. Pero sí, fue evidente que los mayores riesgos y las intervenciones más injustificadas, si atendemos al mismo punto de vista arqueológico e histórico que había presidido sus anteriores proyectos, los encontraremos en esta etapa. La proximidad de su final ejercía en él una atracción poderosa para poner en práctica las últimas intenciones sobre "sus monumentos".

#### *Actuaciones destacadas*

Por ejemplo, la continuación de las obras sobre San Salvador de Valdediós (Asturias, 1953-72) dio lugar, en sus años finales, a una dudosa reconstrucción. Fue levantada, de nueva planta, la capilla lateral septentrional, imitando, en todo, a su homóloga al sur. Sin vestigios arqueológicos documentados, su reconstrucción se convirtió en una operación formalista para "completar" el monumento, apoyada, únicamente, en los más obvios postulados "estilísticos".

Reconstrucciones arbitrarias que se dieron asimismo en la continuación de la restauración de la iglesia de San Pedro de Nora (Asturias, 1952-64). Sería en los años finales cuando nuestro arquitecto reformulara la realidad arquitectónica del edificio. La reconstrucción del nartex exento de ingreso (1958) trasladaba el modelo de Santullano al caso de Nora, limando, de este modo, las posibles diferencias morfológicas entre ambos ejemplos. No obstante, su actuación más discutida fue la construcción, hasta en sus últimos detalles, de un campanario exento y de nueva planta (1963), sobre unos inexistentes cimientos, que recomponían, aún más, la silueta exterior del monumento y su relación con el paisaje.

La restauración de la catedral de León (1948-71), vería en sus últimos expedientes una actitud igualmente revisionista, cuando, argumentando cuestiones estructurales, desmonta y recompone su hastial meridional (1961). La actitud "científica" demostrada en sus primeros expedientes daba paso a nuevas operaciones "estilísticas" en busca de su "idea de catedral".

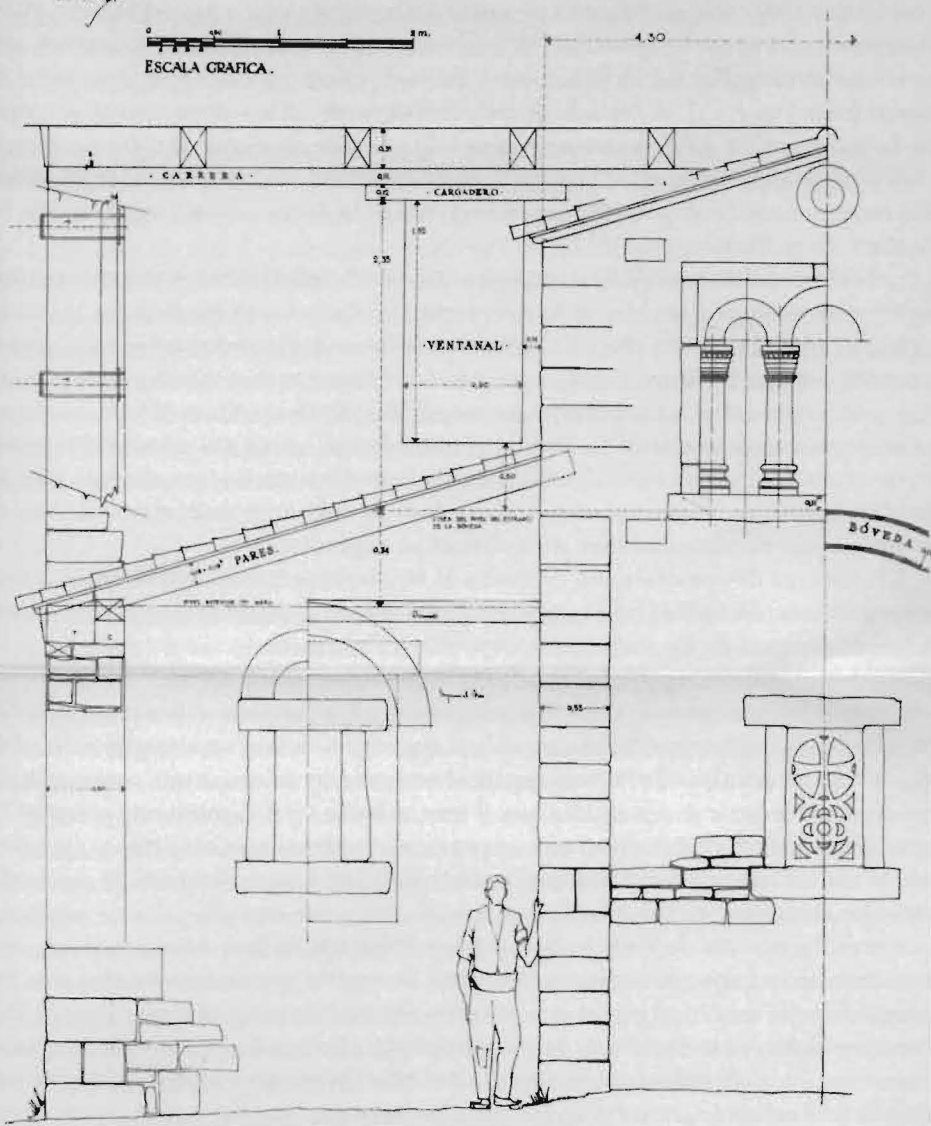
Reconstrucciones que asimismo se dieron en la catedral de Astorga (León, 1944-69); la reconstrucción de su torre norte había sido proyectada mucho antes (1944), y sería concluida por entonces, sin variación de los criterios iniciales de mimesis con la gemela. En la provincia de León también, la colegiata de Arbás abordaba una nueva línea de actuaciones "reconstituyentes" de su arquitectura interior y exterior (1947-72).

BENDONES  
ESCALA = 0,10 p. M.

Cr. 25 Oct 62

L. Menéndez Pidal

ESCALA GRAFICA.



Iglesia de Santa María de Bendones, proceso de reconstrucción del nartex y capillas laterales. Luis Menéndez-Pidal, 1965. Archivo General de la Administración, Alcalá de Henares (Madrid). Expedientes de obra.

1960-63), donde se realizó la "consolidación necesaria", con escasos medios y una actitud "moderna" de respeto a la preexistencia; similar actitud a la demostrada en la sala capítular del monasterio de Sobrado de los Monjes (La Coruña, 1956).

Asimismo la manipulación controlada del entorno del monumento se dio en la restauración de la fuente de Foncalada de Oviedo (1958-61). La amenaza que significaban las nuevas edificaciones, literalmente volcadas sobre la prerrománica fuente, reducía la capacidad de contemplación de ésta. Esto fue resuelto por Pidal en un proyecto más paisajista que arquitectónico por el que, ayudado de escasos elementos naturales y urbanos, reclamaba la singularidad de la fuente y su condición monumental entre su agresivo entorno. Actitud similar a la realizada en la recuperación del baluarte del Jardín de San Carlos (La Coruña, 1958-59).

La idea del mantenimiento y la consolidación limitada estuvieron presentes en la segunda etapa de intervenciones sobre Santa María del Naranco (Asturias, 1950-72). Toda vez concluida la fase más intervencionista y la recomposición histórica de los primeros años, los nuevos expedientes estarían marcados por la única idea de continuidad del edificio en el estado al que había sido llevado años antes; además de per-

La fachada meridional y su pórtico fueron recompuestos según el criterio exclusivo de nuestro arquitecto, operando con una absoluta libertad, además de acondicionar la anexa abadía para la vida monacal, a la que se unió el traslado del coro, que modificaba sustancialmente el concepto espacial de la nave interior.

En San Isidoro de León (1958-74), el interés que suscitaba el templo y su cripta como destino turístico llevó a la recomposición "estilística" de su arquitectura, a la que se unía la adaptación a museo de una importante parte del complejo colegial. Se añadieron accesos, escaleras que introducían recorridos nuevos, se trasladó una fachada del claustro, y hasta se reconstruyó casi íntegramente un pórtico románico que fue descubierto por nuestro arquitecto, siguiendo su método histórico-arqueológico. Igualmente sucedió con el convento de San Francisco de Lugo (1951-69) adaptado a museo de Bellas Artes provincial mediante su rehabilitación.

En San Tirso de Sahagún (León, 1949-72), la reconstrucción filológica de la torre derruida en sus primeros expedientes dio paso a la arbitraria reconstrucción, justificada por motivos funcionales, de la sacristía, la cual fue materializada, como era habitual, en un lenguaje próximo al del edificio original, obviando su confusionismo.

La reconstrucción de la torre de Salas (Asturias, 1960-63), tras el derrumbe parcial de sus lienzos debido a un temporal, fue realizada "donde era y como era" en un proceso muy similar al anterior, salvo que su apoyatura histórica fue esta vez empírica y veraz. Se buscaba la recuperación idéntica de la arquitectura de la torre, como un medio para devolver al conjunto urbano de Salas su perdida silueta. Para ello se reprodujeron las mismas técnicas constructivas de la fábrica original, pero eso sí, introduciendo algunas "mejoras" constructivas, tan habituales en las labores reconstructivas de nuestro arquitecto.

Pero la actuación más sorprendente de su última época sería la reconstrucción de la iglesia de Santa María de Bendones (Asturias, 1958-71). No se trataba entonces de reconstruir éste o aquél elementos sino de la reconstrucción íntegra, completa y satisfactoria, de un nuevo ejemplo prerrománico, recién descubierto por el arqueólogo Manzanares Rodríguez, que añadir a su escasa lista.<sup>35</sup> La reconstrucción de Bendones fue el ejemplo más controvertido y arriesgado de toda su vida profesional, y quizás el que mejor exponga la ciega confianza en su "método" de intervención. En él se dan cita las grandezas y desgracias de su arriesgado camino.

Menéndez-Pidal restituiría en Bendones, con unos escasos restos desordenados e incompletos, un edificio prerrománico hasta en sus últimos detalles. La difícil situación en que quedó su figura dentro del panorama cultural asturiano del momento, agravada en buena manera por las continuas discrepancias con el arqueólogo Manzanares Rodríguez, le llevarían a defender su actuación en una monográfica publicación (1974), que nos ha brindado la posibilidad de estudiar su intervención sobre este ejemplo con un detalle más preciso.<sup>36</sup>

Igualmente a sus etapas anteriores Menéndez-Pidal llevó a cabo actuaciones que continuaron de modo positivo las ventajas que había demostrado la aplicación razonada de su método deductivo. La torre de la iglesia de Santa María del Azogue (Zamora, 1963-70) fue restaurada con un criterio "científico" de recuperación de su perdida integridad formal; o las recuperaciones "arqueológicas" que realizó en los artesonados de las iglesias del Salvador, San Lorenzo, o en el convento de las Mercedarias Descalzas, todas en Toro (Zamora), que por estos años fueron restituidos íntegramente buscando, a través de la investigación de los escasos fragmentos conservados, su diseño original.

La sensibilidad romántica que demostró conocer en su discurso programático quedó reflejada en los monumentos que hallándose en un estado de ruina fueron consolidados como vestigios históricos, convirtiéndolos en museos de sí mismos, como remansos de contemplación y descanso. La cualidad pintoresca estuvo siempre presente en sus actuaciones, y la manipulación de la ruina con fines estéticos fue similar a la de un arquitecto paisajista con la naturaleza. De este modo fueron consolidadas las ruinas de la iglesia de Santa María de Villamayor (Asturias, 1970-71); las del monasterio de Villaverde de Sandoval (León, 1963-74); o las del monasterio de Carracedo (León,

<sup>35</sup> Sobre el descubrimiento de las ruinas: Manzanares Rodríguez, Joaquín. "Santa María de Bendones. Identificación y estudio de sus ruinas". *Tabularium Artis Asturianensis*, Idea. Oviedo, 1957. Y sobre la reconstrucción de Menéndez-Pidal en: Menéndez-Pidal y Álvarez, Luis. "La reconstrucción de Santa María de Bendones". Instituto de Estudio Asturianos (IDEA), Oviedo, 1974.

<sup>36</sup> Martínez Monedero, Miguel. "Las restauraciones arquitectónicas...". *Ibidem*. Universidad de Valladolid, 2004.

severar en las labores de adecuación del entorno, que sería, básicamente, la única aportación realizada en estos últimos años. Se incluía en sus proyectos a la vecina iglesia de San Miguel de Lillo, igualmente con trabajos de conservación rutinarios. Trabajos de consolidación que se repitieron en la nueva fase sobre la iglesia de Santullano (1970-74), donde se consolidaron sus pinturas con un novedoso procedimiento. Tratamiento similar al que empleó, con la colaboración de Pons Sorolla (presente en casi todas sus obras gallegas), en la recuperación de las pinturas de la iglesia de Villar de Donas (Lugo, 1956-67). La consolidación pictórica también fue el argumento principal de la intervención sobre el monumento arqueológico de Santa Eulalia de Bóveda (1953-57), a la que se añadió la recuperación filológica de su *nimpheum*, en un procedimiento semejante al que realizara en la iglesia de la Asunción en Santa María de las Aguas Santas (Orense, 1960).

La búsqueda histórico-arqueológica del estado más auténtico del monumento siguió siendo una de sus claves de interpretación. En la colegiata de Salas (Asturias, 1959-74), apoyado en este procedimiento, se rehicieron los interesantes grupos escultóricos del maestro Pompeyo Leoni, reparando los daños aún provenientes de la guerra.

Intervenciones contenidas y bien entendidas, desde un punto de vista moderno, se realizaron en la iglesia de Santa María de Valdediós, anexa a la iglesia prerrománica de San Salvador, que tras salvarla de su venta y en un estado formalmente completo y sin aparentes "contaminaciones históricas", se realizaron únicamente labores de consolidación y mantenimiento, sin redefinir su arquitectura.

Labores de consolidación limitadas al mantenimiento del edificio fueron también realizadas en Santa Cristina de Lena (1966-70); en la segunda fase de actuaciones sobre San Miguel de Escalada (León, 1970-72); o en la restauración del monasterio de Ribas del Sil (Orense, 1956-66), salvado entonces de una ruina segura.

Esta última etapa fue pródiga asimismo en liberaciones sistemáticas de edificios, en busca de una, ya obsoleta, exentitud que seguía siendo, en el bagaje cultural de nuestro arquitecto, una de las más seguras herramientas de cara a una contemplación satisfactoria (a pesar de las críticas que él mismo había vertido sobre esta práctica). La iglesia de Santiago de Peñalba (León, 1949-71) se vio liberada en sus últimos expedientes de todo el caserío tradicional que la envolvía. Liberaciones sistemáticas que se dieron, sin excepción, en las numerosas actuaciones sobre murallas que se acometen entonces. La muralla de León (1962-72) fue así liberada de las edificaciones que se le adosaban en su mayor parte, puesto que otras, las menos, fueron conservadas, más por inexistencia de crédito o tiempo que por unos criterios firmes. Obras similares de liberación se dieron en la muralla de Zamora (1956-75), a las que hay que añadir las reconstrucciones puntuales en su cercana puerta de Doña Urraca, para recuperar la zona más singular del recinto. Asimismo, en las murallas de Lugo (1949-63), en sus últimos expedientes se realizaría una campaña de liberaciones que desmontaron el caserío popular adosado y recompusieron sus lienzos.

Otro tipo de liberaciones consistió en desnudar las fábricas interiores de los templos para recuperar la perdida "autenticidad" de la piedra vista (por otro lado falsa), una actitud que ya se había visto en años anteriores pero que ahora fue retomada con mayor encono. Fueron desnudados de sus históricos recubrimientos muchos edificios, eliminando revocos, estucos y hasta pinturas que no gozaron del reconocimiento artístico necesario para su mantenimiento, en virtud de una visión más "fidedigna", a las que se añadían las necesarias labores de recomposición de sus descubiertas fábricas, como sucedió en la iglesia de Santa María de Gradefes (León, 1966-71), San Pedro de Dueñas (León, 1968-72), o en la iglesia del monasterio de Armenteira (Lugo, 1963).

Por otro lado, la creciente disponibilidad de nuevas tecnologías constructivas permitió a Menéndez-Pidal introducir soluciones modernas que eran materializadas con el único condicionante de que no quedaran vistas. Fue el momento de las láminas de hormigón armado que se superponían al trasdós de las bóvedas para asegurar su estabilidad, pero que traicionaban el sistema constructivo original, además de modificar por completo el comportamiento estructural de las bóvedas inferiores y que queda-

ban “colgadas” de la lámina superior. Esta dudosa panacea fue aplicada, entre otros casos, en la segunda fase sobre la iglesia de Horta (Zamora, 1960-68). Excesos estructurales como en las vigas de atado de los nervios de las bóvedas que se dispusieron en la iglesia de San Rosendo de Celanova (Orense, 1963-66). Estas quedaban nuevamente ocultas en su trasdós y, según Pidal, “no modifican elemento alguno estructural o estético del monumento”. Operación similar a la empleada en la iglesia del monasterio de Osera (Orense, 1958-60). En la misma línea de procedimientos, la iglesia del monasterio de Acebeiro (Pontevedra, 1959-63) fue consolidada en su cabecera mediante una traumática viga de hormigón armado, que esta vez quedaría vista y bien diferenciada del resto de la iglesia.<sup>37</sup>

En el monasterio de Guadalupe, el incremento de la asignación económica a partir de los años 60 alumbró un nuevo horizonte en donde la planificación de actuaciones de más envergadura llevaría la revisión formalista de su arquitectura y la efectiva búsqueda de su “idea de monumento”. Pidal mantenía firme su propósito de hacer de Guadalupe un lugar de encuentro y peregrinación, simbólico y cultural, enclavado en su idílico entorno natural. Las definitivas liberaciones de las molestas celdas jerónimas iban reconfigurando la silueta original del monasterio (1965-67), a la vez que se recomponían las torres y chapiteles devolviendo la imagen de fortaleza medieval que nuestro arquitecto había considerado como auténtica.<sup>38</sup>

## Conclusión

Tal y como se deduce del repaso de la trayectoria profesional de Menéndez-Pidal, sus numerosas experiencias metodológicas estuvieron siempre avaladas por su particular método de intervención. Fruto de su visión de la restauración arquitectónica, fraguado en sus primeros años y consolidado con la superación de los desastres bélicos, su método deductivo se convirtió en su más sólida apoyatura, por encima de cualquier vinculación ideológica. Como se ha comentado, el método de Menéndez-Pidal se apoyó en la investigación histórica y arqueológica para, a través de un proceso analítico-deductivo, desentrañar el estado prístino del monumento. Los datos extraídos en sus observaciones e investigaciones eran contrastados con los deducidos mediante las comparaciones con otros ejemplos similares en busca de la etapa histórica más veraz y convincente a la que dirigir la restauración.

Fue un método entendido desde una doble estrategia científica y artística: científica por sujetarse a sus investigaciones (e interpretaciones) históricas y arqueológicas; y artística porque el resultado final había de poseer una coherencia estética capaz de comunicar la cualidad plástica de la obra (la plasticidad del edificio).<sup>39</sup>

Es evidente como en esta estrategia se incluye el concepto de belleza. Menéndez-Pidal fue muy consciente de que los edificios debían recuperar, o en su caso conservar, su belleza; como mejor instrumento para mantener su carácter y consolidar su permanencia en el tiempo. Así, para conseguir este fin, los elementos perdidos o deteriorados podrían ser sustituidos por otros idénticos, o incluso mejorados, más “auténticos”, en busca de su “estado original” ideal, o ese estado mejorado, más bello, a donde dirigirse a través de su restauración.

Por encima de corrientes y tendencias Menéndez-Pidal siempre admitiría la legitimidad de la “restauración” como hecho necesario para devolver la perdida “integridad” del edificio y asegurar la perduración de su belleza en el tiempo. Pero fue una intervención siempre contenida dentro de algunos límites. Estos fueron marcados por sus propias deducciones, al margen, en muchos casos, de la fidelidad a la historia y con ello al valor documental, lo que le indujo a caer con frecuencia en el “falso histórico”. La experiencia de los sucesos bélicos le llevaron a entender el concepto del “valor artístico”, lo que hemos llamado la “belleza del edificio”, como argumento prioritario, por encima del “histórico”, anticipándose a los enunciados que años más tarde introdujera Cesare Brandi, con su “*teoría del restauro*” y el aporte, tras la Segunda Guerra Mundial, de la “restauración crítica”.

<sup>37</sup> Asimismo, el cambio de materiales de cubierta, de madera a acero laminado, era común en estos años, siempre que éstas soluciones quedaran ocultas entre la techumbre y el tejado; así, por ejemplo, se actuó en la torre campanario de la iglesia de Santa María del Azoque (Zamora, 1968). La iglesia del monasterio de San Miguel de Castañeda (Zamora, 1946-63), vería reformada en sus últimos expedientes gran parte de su cubierta con una endeble solución, completamente ajena a la original, de tabiques de ladrillo hueco doble apoyados sobre el trasdós de las bóvedas; una fórmula que sería muy empleada en estos últimos años. Como en la iglesia del monasterio de Santa María de Meira (Lugo, 1961); la iglesia del monasterio de Santa María de Melón (Orense, 1961); o en la iglesia del monasterio de Santa María de Armenteira (Pontevedra, 1956-68).

<sup>38</sup> También se dieron, en los últimos expedientes, reformas de las estructuras originales con materiales modernos, el claustro Mudéjar cambió sus viejas armaduras de madera por otras de hierro enrasado (1965), que habían de quedar ocultas, claro está. Idéntica operación que se amplió a la iglesia (1968-69), demostrando la confianza plena en este novedoso, y desconocido, sistema; y en el camarín de la Virgen (1970), “para asegurar de modo definitivo la estabilidad de la bóveda”. Modificaciones estructurales que también sufrieron por estos años finales, la torre de las Campanas (1972), y las celdas próximas a la sacristía de Zurbarán y San Jerónimo (1974), mediante “encamisados” y vigas de hormigón armado que suplementaron, artificiosamente, las tradicionales construcciones de ladrillo y piedra.

<sup>39</sup> Derivado de la “restauración estilística”, el “método histórico-analítico”, también conocido como la “restauración histórica”, se constituyó como una consciente y científica rectificación del “método estilístico”. Desempeñado en Italia por Luca Beltrami y Alfredo D’Andrade, entre otros se había significado como la interpretación filológica y veraz del “método estilístico”, además de constituirse como una clara referencia de las aportaciones teóricas que por entonces realizaba Camillo Boito. Así, Menéndez-Pidal compartió con el “método histórico-analítico” de Beltrami su interés por la investigación histórica del edificio, no obstante su método se separa de aquél por cuanto es partidario de reconstruir elementos y formas por deducción estilística o análogas formales y confrontación con otros monumentos del mismo estilo, siempre en busca de la “autenticidad” formal.

Podemos afirmar que su marcado historicismo y su tozuda búsqueda arqueológica del “estado original” le privaron de caer en los excesos de la modernidad por “distinguirse de lo viejo”. Menéndez-Pidal más bien indagó a través de sus restauraciones la trabazón lógica, rigurosa y bella con lo antiguo. Para ello, la permanente búsqueda de materiales que se ajustaran en continuidad con la fábrica existente, para no alterar las cualidades formales y cromáticas del conjunto, fue una constante en su metodología. Y de este modo, si las aportaciones imitativas estaban permitidas para no desentonar con el edificio original, las reconstrucciones estuvieron justificadas, según Pidal, en casos excepcionales como una guerra o un colapso puntual.

La superación de los traumáticos acontecimientos de la Guerra Civil le había aportado la seguridad de este juicio, *a priori* arriesgado, pero que las intervenciones de posguerra le fueron indicando. Así lo atestiguan la Cámara Santa de la catedral de Oviedo (1938-42) o la torre de San Tirso de Sahagún (León, 1949-72), que fueron restituidas íntegramente ambas, “hasta en sus últimos detalles”, mediante un proceso científico y arqueológico. Si bien estas actuaciones pueden estar justificadas por la verosimilitud de su procedimiento, otros casos, como las reconstrucciones de las ruinas de Santa María de Bendones (Oviedo, 1958-71), o las del campanario de San Pedro de Nora (1952-64), ofrecieron serias dudas sobre la fortaleza de su propio método, traicionado por la imperiosa búsqueda de un resultado tan preconcebido como artificioso.

En definitiva, hubo un ancho campo de experimentación entre las diversas sensibilidades que acompañaron la evolución metodológica de Menéndez-Pidal que supo explorar a fondo con sus numerosas intervenciones. Su habilidad estribó en su capacidad por no aceptar un único criterio como dogma, sino beneficiarse de todos aquellos que fueran fructíferos y relevantes, entendidos como acumulativos o alternativos y no como excluyentes. A pesar de los excesos interpretativos que salpicaron buena parte de sus intervenciones sobre los monumentos, fundamentalmente en su última etapa, no por ello hemos de restar crédito a otras muchas afortunadas actuaciones que nos depa-  
raron su personal entendimiento de la restauración. Quizás la más trascendente de las críticas se halle en su error, común en esa época, de entender su intervención como algo aislado y definitivo en la historia del monumento. Muchas de sus intervenciones trataron de restituir la obra de arquitectura a un estado completo, perfecto y cerrado, en algunos casos con las discriminaciones propias de la práctica moderna, pero en muchos otros, con las licencias contempladas en su particular metodología. La seguridad en sus planteamientos y su conocimiento profundo de los monumentos le hicieron verse a sí mismo capacitado para devolver el edificio a su momento culminante, sin comprender su verdadero papel de eslabón en la larga cadena de intervenciones que configuran la tutela de cada ejemplo.

Valladolid, marzo de 2007